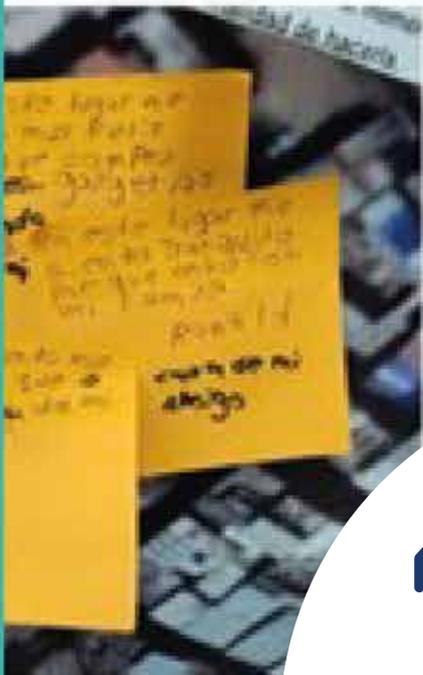
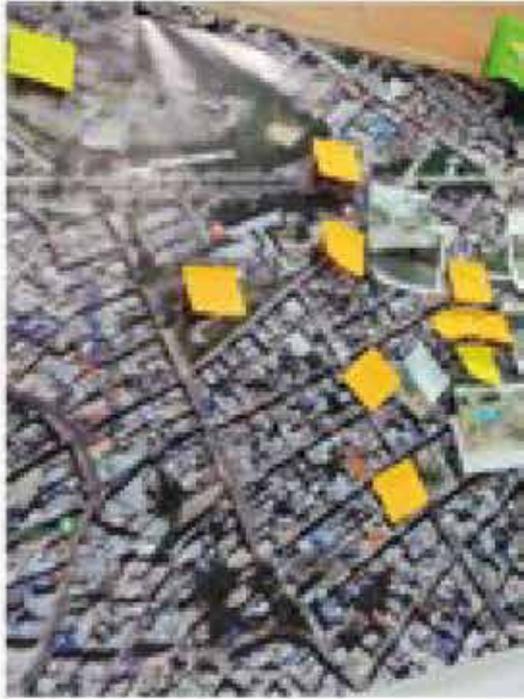
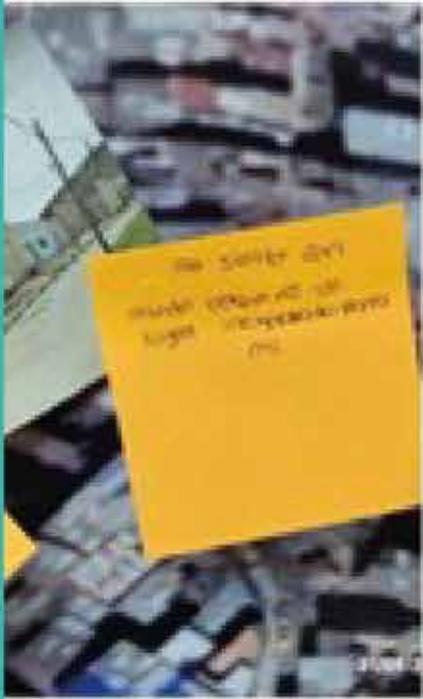


# ¿QUÉ ES LO QUE PASA ALLÁ ATRÁS?

Tras los pasos de un viaje que emociona



¿Qué es lo que pasa allá atrás? Tras los pasos de un viaje que emociona / Jennyfer Andrea Devia Santana; David Mauricio Muñoz Ortiz; Ana Roa Diaz – 1ª ed. – Bogotá: Fundación Universitaria Monserrate (Unimonse-  
rrate), 2024.

Instituto de Estudios en Familia (IEF) - Colección IEF. Reflexiones desde la investigación formativa para el trabajo con familias.

Libro digital, PDF.

Archivo digital: descarga y online.

ISBN: 978-958-8486-64-2

1. Familia. 2. Escuela. 3. Desarrollo. 4. Tránsitos. 5. Educación.

**¿Qué es lo que pasa allá atrás?**



Fotografías del encuentro realizado el 21 de septiembre del 2022.

# **¿Qué es lo que pasa allá atrás?**

## **Tras los pasos de un viaje que emociona**

Ana Roa Díaz  
Jennyfer Andrea Devia Santana  
David Mauricio Muñoz Ortiz

**Colección IEF. Reflexiones desde la investigación formativa para el  
trabajo con familias**

**2024**

*¿Qué es lo que pasa allá atrás? Tras los pasos de un viaje que emociona*

© Jennyfer Andrea Devia Santana, David Mauricio Muñoz Ortiz y Ana Roa Díaz

Primera edición, septiembre 2024

ISBN: 978-958-8486-64-2

Colección IEF. Reflexiones desde la investigación formativa para el trabajo con familias.

**Rector**

Ricardo Alonso Pulido Aguilar, Pbro.

**Vicerrector Académico**

Hugo Orlando Martínez Aldana, Pbro.

**Vicerrector Administrativo y Financiero**

Carlos Iván Martínez Urrea, Pbro.

**Vicerrector de Pastoral y Bienestar**

Marcos Alexander Quintero Rivera, Pbro.

**Director de Investigación**

Hugo Orlando Martínez Aldana, Pbro.

**Coordinación editorial**

Adriana Marcela Galeano Amaya

*Instituto de Estudios en Familia*

**Dirección Editorial**

Manuel Alejandro Briceño Cifuentes

**Corrección de estilo**

Felipe Sandoval

**Diseño y diagramación**

Jeferson Camilo Hernández Galeano

**Imagen de cubierta**

© Jennyfer Andrea Devia Santana, David Mauricio Muñoz Ortiz y Ana Roa Díaz

© 2024, Fundación Universitaria Monserrate – Unimonserrate

Editorial Universitaria Unimonserrate

Correo: [editorialuniversitaria@unimonserrate.edu.co](mailto:editorialuniversitaria@unimonserrate.edu.co)

Licencia Pública Internacional – CC BY-NC-SA 4.0

*Creative Commons* Atribución/Reconocimiento - No Comercial - Compartir Igual 4.0



*Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales*



# Contenido

Agradecimientos	8
Introducción	9
Capítulo 1. El viaje inicia	10
Capítulo 2. ¿Pa' dónde vamos?	16
Capítulo 3. ¡Quién dijo miedo! Pa' las que sea	18
Capítulo 4. ¡Báileme ese trompo en una uña!	23
Capítulo 5. ¿Cómo son cuentas?	28
Capítulo 6. ¡Son encuentros, no talleres!	32
Capítulo 7. Y ahora, ¿qué hacemos con todo esto?	36
Capítulo 8. Normal, es como existir	41
Capítulo 9. ¿Y nosotros qué?	44
Capítulo 10. ¡Sin miedo al éxito!	46
Posfacio. ¡El viaje nunca termina!	48

## AGRADECIMIENTOS

El equipo investigador agradece a la Fundación Universitaria Monserrate (Unimonserrate) por la oportunidad de escribir qué hay detrás de su proceso de investigación y el reto que esto ha representado a los docentes de la maestría en Familia, Educación y Desarrollo que hicieron parte de su proceso de aprendizaje y crecimiento personal. Los investigadores reconocen que las voces y silencios del tutor, Johan Avendaño, fueron faros orientadores que permitieron que el trabajo de grado tuviera firmeza y se lograra evidenciar hallazgos relevantes en la comprensión de la expresión emocional en los *territorios familia escuela* <sup>1</sup>.

Agradecemos al Colegio Técnico San Cristóbal Sur I. E. D. por permitirse ser el lienzo sobre el cual se pintó este cuadro; a las docentes Nelsy Peña y Katherine Chivata quienes apoyaron la selección de los acompañantes de nuestro viaje, y a las familias de ellos y ellas porque nos permitieron hacer parte de sus vidas por algunos momentos. También a nuestros sistemas familiares por apoyar desde la sombra nuestra travesía.

Finalmente, extendemos nuestra gratitud a todos los que en algún momento iluminaron el camino cuando la pendiente se hizo empinada, porque nos dieron esperanza y nos permitieron salir a la luz. A todos ellos, y cada uno de los profesionales que en este o en otros contextos sociales se permiten investigar, gracias porque sabemos que no es un proceso fácil y que, como un laberinto, podemos llegar a sentirnos perdidos.

---

<sup>1</sup> Cuando se inició el proyecto, el equipo investigador pensó que el “Territorio Familia” y el “Territorio Escuela” eran diferentes; en efecto, aunque conceptualmente cada uno tiene sus particularidades y funciones sociales, en la práctica son territorios amalgamados que comparten interdependencias, interacciones, relaciones, vínculos y expresiones emocionales que hacen que para esta investigación conformen el “Territorio Familia-Escuela”.

## INTRODUCCIÓN

Aquellos valientes que deciden recorrer esa travesía llamada investigación son los directos responsables de lo que experimentarán durante su tránsito. Sus fines deben ser nobles dado que la investigación (en todos los campos del saber) debe encaminarse a resignificar el conocimiento como una herramienta cuyo objetivo principal sea el de dignificar a la humanidad y no someterla. Investigar no debería concebirse como un sacrificio. Por el contrario, debería ser un goce que permita el crecimiento personal y colectivo en el cual el yo se enriquece gracias a los vínculos interpersonales de los sujetos. De esta manera, los investigadores adquieren responsabilidades coyunturales enormes con quienes los rodean y, por supuesto, con ellos mismos mientras viven y le dan vida a la investigación que los convoca.

Este libro narra apartes de lo que ocurrió detrás del trabajo de investigación de un grupo de docentes que cursaron la Maestría en Familia, Educación y Desarrollo de la Fundación Universitaria Monserrate entre los años 2022 y 2023. Es una compilación de relatos expresados en un lenguaje cercano y cotidiano que exponen escuetamente las experiencias personales de los investigadores, así como los efectos de las decisiones tomadas en el transcurso de la investigación.

Las vivencias aquí presentadas están relacionadas con procesos de gestión, asesorías extracurriculares, desafíos emocionales, resolución de situaciones problema, entre otros. Asimismo, son una invitación para que los lectores tomen mejores decisiones en momentos cruciales durante sus propios recorridos investigativos. Cada capítulo fue escrito con el anhelo de transmitir los aciertos y errores en los que pudieron incurrir estos seres humanos, cuyo encuentro no fue solo para dar respuesta a un reto académico, sino también para entender la trascendencia de los sentires y cómo estos permean todas las esferas de lo humano... y, sin ningún indicio de vergüenza, aún aceptar que no se ha logrado por completo.

## CAPÍTULO 1.

### EL VIAJE INICIA

Pensar que la construcción de un trabajo de grado inicia el día en que se escoge un tema de investigación es cerrar los ojos a la realidad. Ese enorme iceberg se hizo visible en su totalidad tras la experiencia de los protagonistas de esta historia: Jennyfer, David y Ana. Cada protagonista por razones y caminos diferentes, pero entrelazados, deciden iniciar la Maestría.

Por eso, este viaje por las *Representaciones sociales y expresión emocional de un grupo de jóvenes en los territorios familia-escuela*<sup>2</sup>, inicia para Ana en agosto de 2021, cuando ingresa al Colegio Técnico San Cristóbal Sur IED, el “San Cris”. Para ella ser orientadora era un sueño que además la llevó a pensar en la locura de realizar la Maestría, opción que evadió por más de una década, pero que se hizo posible gracias a que su mamá siempre apoyaba sus ideas imprevisibles.

Así, el 19 de agosto de 2021, hacia el final de la pandemia, cuando la vida social se reactivó y todos querían sus vidas de vuelta, inició la modalidad presencial de la Maestría, y los estudiantes y docentes retomaron las aulas. Fueron tres meses durante los cuales se dio la oportunidad de reconocer el terreno, ver sus necesidades visibles y sus dolores invisibles. En ese tiempo, Ana tuvo muchas ideas inimaginables que la llevaron a cambiar su perspectiva sobre la orientación escolar.

Para entonces, fue contratada en el marco del *Programa Integral de Educación Socioemocional y Escuelas como Territorio de Paz*, cuyo enfoque principal son los procesos de promoción y prevención, así como el fortalecimiento de las capacidades socioemocionales. De allí su curiosidad por las emociones. En una primera instancia, este tema le era confuso, pues había muchos conceptos similares: sentimientos, emociones, gestión emocional, capacidades socioemocionales y educación socioemocional. Con el tiempo entendió que son términos que están conectados, pero que se diferencian por un enfoque y un paradigma que orienta la forma de percibir, comprender, abordar e intervenir el fenómeno a investigar.

---

<sup>2</sup> Título de la investigación realizada por los autores para la maestría en Familia, Educación y Desarrollo.

Ana realizó acciones que, aunque nunca se desvincularon totalmente de la atención de casos, sí tenían su sello: “El encuentro con nosotros mismos y con los otros”, que al final siempre buscaron generar espacios para la escucha, el diálogo y la comprensión. Aquí, la comprensión sin juzgamiento le permitió a Ana ver la realidad del “San Cris” y la necesidad sofocante de los estudiantes de ser escuchados y validados, tanto a nivel personal como colectivamente. Ella en verdad quería hacer muchas cosas; de hecho, su caballo de batalla más luminoso era la necesidad de que los estudiantes tuvieran espacios para la expresión de emociones.

Esta necesidad de los estudiantes de ser escuchados se palpaba en crisis de ansiedad frecuentes o intempestivas, en el aumento visible de la ideación suicida, desórdenes alimenticios o duelos inconclusos por la pérdida de seres queridos (mascotas, familiares, amigos, rupturas amorosas, etc.), entre otros asuntos, todos ellos situados dentro del marco de la pandemia. No es que antes no se dieran, sino que para ese momento fueron más visibles a los ojos del “San Cris”. Semana a semana, Ana observaba con preocupación cómo los estudiantes acudían a Orientación para desahogarse y desbordarse en crisis de ansiedad que llegaban al punto de la hiperventilación, el desmayo y la notable incapacidad para aprender. Aunque en un principio ella pensó que esto era un efecto postpandemia, con el paso del tiempo los diálogos cotidianos con los estudiantes y docentes, el ejercicio progresivo de convivir en el colegio y el hacer su labor diaria, evidenciaron que esos efectos no eran solo causa de la pandemia, sino que también eran un grito que necesitaba ser escuchado.

Ana escuchó ese grito. Sin proponérselo varios casos prioritarios de atención solicitaron realizar servicio social. Ella, aprovechando su horario de jornada global de 9:00 a. m. a 3:00 p. m., acogió a estudiantes de noveno ambas jornadas. Acogerlos, para ella, fue encontrar sus gustos y habilidades ocultas, así como motivarlos a desarrollarlas, perfilar liderazgos, brindar espacios para el autorreconocimiento, jugar a equilibrar lo que quieren y pueden hacer en medio de la necesidad puntual del “San Cris”.

Enfocar la necesidad de escucha compasiva y de espacios para expresar sus emociones sin juzgamientos fue todo un desafío si se tiene en cuenta que el “San Cris” tiene un corte técnico en el que sus egresados obtienen una doble titulación: una en Electrónica Básica (énfasis propio del colegio), y otra en Sistemas, Producción e intervención multimedia o Programación de Software, estas últimas en articulación con el SENA (Servicio Nacional de Aprendizaje).

Esto hace que su actividad académica sea rigurosa y requiera de una exigencia que aumenta en los grados noveno, décimo y once, ofreciendo pocas oportunidades de que los estudiantes de un curso conecten, siendo aún más volátil la posibilidad de que puedan hacerlo entre cursos. Así que en un inicio, Ana abrió espacios para expresar emociones y llegar a acuerdos con los docentes a partir de las necesidades que estos les compartían, varias relacionadas con la convivencia. De esta

forma, se agendaron reuniones con los coordinadores de las jornadas de la mañana y de la tarde sobre direcciones de grupo que se realizaban progresivamente en todos los cursos.

Pese al desgaste que implicó este proceso, dada la carga mental y laboral de planear encuentros y luego retroalimentarlos con estudiantes y docentes, esta estrategia tejió lazos de confianza y alianzas diversas con estudiantes, docentes de aula y coordinadores, y así mismo fue el punto de partida para meterle el diente al trabajo en el “San Cris”.

Al culminar el 2021 e iniciar el 2022, con todas sus energías proyectadas en la generación de espacios para la expresión de emociones, Ana inició clases en la maestría de Familia, Educación y Desarrollo, con la idea de que su tema de trabajo de grado estaría relacionado con las emociones porque, desde su sentir y pensar, “cualquier investigación es relevante, pero debe aportar al cambio”.

En la primera clase de la maestría, en el “Seminario de investigación”, pese a que nadie tenía la expectativa de que el tema a investigar fuera tocado, de golpe surgió el siguiente diálogo por parte de la docente Adriana Galeano: “Vamos a presentarnos brevemente y decir el nombre, dónde laboramos actualmente y el tema de investigación que nos interesa desde el punto de vista personal”. Adriana pidió atención a las respuestas de los compañeros porque debíamos visibilizar quiénes acompañarían nuestros trabajos de grado.

Ana sintió que todo iba muy rápido. Se presentó, diciendo: “Mi nombre es Ana Roa Díaz, trabajo en el Colegio Técnico San Cristóbal Sur I.E.D. como orientadora y me llama la atención el tema de las emociones y el manejo de estas dentro del contexto educativo”. No se extendió en explicaciones e incluso sintió que sus referencias eran ridículas. Sin embargo, en ese momento escuchar fue la prioridad.

Uno a uno sus compañeros se fueron presentado. Algunos de ellos, como Iván y Carolina ya eran parche desde la Especialización en Orientación y Educación Familiar, y tenían un tema en común relacionado con el Sistema de Responsabilidad Penal en Tunja o El Consuelo; o como Sergio y Gina, quienes iniciaron el proceso de maestría juntos y venían trabajando en el tema de un desastre en el barrio Malvinas.

Las compañeras Etermit y Merys, docentes de aula en colegios distritales, se perfilaron por el tema de la violencia intrafamiliar, que para Ana era interesante, pero que ya no estaba dentro su radar ni le causaba curiosidad, principalmente porque se aferró a su empresa de generar espacios de expresión de emociones dentro del “San Cris”.

Jennyfer habló: “Mi nombre es Jennyfer Andrea Devia Santana, trabajó en el colegio distrital Almirante Padilla, soy docente de sociales y filosofía, mi interés son las emociones, por el gran número de estudiantes que recurren a mí diariamente con problemáticas relacionadas con sus sentires dentro de su cotidianidad y porque tengo un gran interés en identificarnos como sujetos de derechos emocionales”.

Lo dijo con temor, pues sentía que era una locura pensar que el sentir de las personas podía ser un derecho, sobre todo cuando se habla de tristeza o enojo; sin embargo, continuó con su presentación indicando que no es necesario ser señalados por lo que sentimos y tener la libertad de expresarlo sin juzgamientos. Finalizó indicando que este tema de las emociones nació en ella por la investigación realizada en la especialización sobre procesos socioemocionales en los estudiantes del colegio Minuto de Dios en Soacha y que la había dejado con inquietudes.

En este mismo instante Ana empezó a considerar que ella era con quien podría unirse para el trabajo de grado. Para Ana, esta intervención fue clara y contundente. El hecho de que Jennyfer enmarcará las emociones le permitió intuir, desde su sexto sentido, que podría ser una buena compañera con quien quisiera armar equipo. Hay que aclarar que para realizar este trabajo de grado era una obligación dentro de la maestría hacer grupo con otros colegas, dado que no se permitían los trabajos en solitario.

Luego, David inició su intervención en esta clase con palabras contundentes que reflejaban una realidad lamentable: “Mi nombre es David Mauricio Muñoz Ortiz, actualmente trabajo en el colegio La Merced. Soy docente de inglés y tengo una preocupación profunda con respecto a las emociones debido a que en la institución en la que me encuentro hemos tenido entre nuestras estudiantes innumerables casos de ideación suicida y algunos suicidios consumados”.

Un breve silencio envolvió el espacio, unos cuantos segundos que, para él, parecieron eternos. Hablar de este tema le generaba malestar, y no era para menos.

Pero decidió romper el silencio enfrentando el peso de sus palabras. Expresó con entereza que las emociones y los sentimientos serían aspectos cruciales que le gustaría abordar durante el curso de esta maestría. Su objetivo era claro: explorar cómo lo aprendido podría contribuir a mitigar esta inquietante situación que afectaba a su comunidad educativa. Con determinación, David no sólo compartía una preocupación, sino que también se proponía un compromiso para encontrar soluciones y aplicar nuevos conocimientos en busca de un cambio significativo ante una realidad que lo preocupaba profundamente.

Terminada esta clase, segura de que era una urgencia tener compañeros de trabajo de grado, Ana buscó por WhatsApp a Jennyfer y le propuso hacer equipo de investigación debido al interés común de las emociones. Jennyfer respondió afir-

mativamente a su propuesta y propuso incluir a David Muñoz en el grupo. En este punto, ella estaba interesada en conformar el equipo de trabajo de grado y que sus integrantes tuvieran un tema de interés relacionado con las emociones.

La decisión de Jennyfer de incluir a David se dio luego de haber escuchado a sus compañeros atentamente en la presentación. Sintió que su interés investigativo estaba muy relacionado con ellos dos, una corazonada que la llevó a soñar que juntos podrían darle un espacio a ese tema de las emociones del que muchos hablan, pero que aún tiene vacíos; por eso, en cuanto Ana se contactó con ella no dudó en aceptar e indicar que el compañero David podría ser parte del grupo. Quizás al comienzo fue difícil poder comunicarse con él, pues no tenían su número de celular y la única opción era tratar de identificar su correo electrónico por la invitación al seminario y así escribirle y esperar su respuesta. Al final su mensaje fue positivo, ya que él también había sentido una relación en los intereses investigativos. Esto no sola alegró a Jennyfer, sino también a Ana pues se había podido consolidar un grupo con diversas miradas y cualidades valiosas para la investigación.

Jennyfer luego de su investigación en la especialización y las constantes conversaciones con sus estudiantes sobre sus angustias emocionales, deambulaba con preocupación sobre qué podría ella hacer para aportar algo al tema de las emociones en su vida laboral, y en especial con sus estudiantes, los cuales la apreciaban bastante. Por ello, Jennyfer nunca dudó que dentro de la maestría pudiera trabajar una idea que le venía rondando en su mente sobre la posible aceptación de sujetos de derechos emocionales, pues estaba segura que todos los seres humanos tienen la libertad de expresarse y ser defendidos en su emoción sin ser juzgados, burlados o discriminados.

Estaba cansada de escuchar a sus compañeros docentes decir que los chicos eran unos débiles y que hacen parte de una generación de cristal que se escondían de sus responsabilidades. También tenía empatía porque muchas veces se sentía desconocida en sus emociones y un llamado llegaba a ella de ser diferente en su trabajo como profesora, no para ser una heroína, sino para reconocer lo que ellos quieren y necesitan.

Ahora bien, sabía que esta idea no era tan fácil de comprender, sobre todo en un terreno en el que ya se había ahondado ampliamente; pero quería ir más allá, no sólo para comprenderlas, sino para defenderlas como una parte esencial de la naturaleza humana.

David deseaba ahondar aún más en el intrigante tema de las emociones, consciente de que, aunque ya lo había explorado durante una especialización realizada en la misma institución casi una década atrás, la situación actual exigía un enfoque diferente. No podía ser simplemente una continuación de lo que ya había desarrollado; se requería una nueva mirada, una indagación más profunda.

Comprendía que enfrentarse al terreno emocional era un desafío, un viaje hacia lo más íntimo (y a veces esquivo) de la naturaleza humana. No obstante, David no estaba solo en esta travesía. Había captado la atención de otras compañeras que también aspiraban a adentrarse en el laberinto de las emociones. El equipo estaba a punto de congregarse, preparándose para iniciar este viaje cuyo destino se mantenía envuelto en la incertidumbre. En este reto, la colaboración y el apoyo mutuo se revelaban como aliados fundamentales, y David estaba listo para sumergirse en esta exploración compartida hacia las profundidades del complejo universo emocional.

Luego de que Jennyfer, David y Ana se hubieran consolidado como grupo que escogió como tema de trabajo de grado las emociones, continuaron con la toma de decisiones importantes. Llegó el momento de escoger dónde se llevaría a cabo la investigación. Esta decisión no fue difícil. Se tomaron en cuenta aspectos como la disposición dentro de cada institución, la viabilidad de los tiempos y la población que se quería abordar.

Así que a pesar de que Jennyfer, David y Ana tenían a su cargo poblaciones con condiciones similares en sus contextos laborales, se seleccionó el “San Cris” porque Ana trabajaba en las jornadas de la mañana y de la tarde, facilitando algunas tareas para realizar las gestiones necesarias. Además, se tuvo en cuenta que en el colegio La Merced, los procesos de gestión de espacios iban a ser *mamones* y que para llegar al colegio Almirante Padilla en Usme había que atravesar Bogotá.

El reto apenas empezaba y todo estaba por verse y decidirse. David, Jennyfer y Ana, cada uno con sus motivaciones particulares, habían llegado a este puerto temporal y debían planificar su viaje, más temprano que tarde porque, “a pan duro diente agudo”.

## CAPÍTULO 2.

### ¿PA' DÓNDE VAMOS?

#### De la escogencia del rumbo de nuestro viaje. Pregunta de investigación

Escoger y esclarecer un tema de investigación para un trabajo de grado no es algo fácil y se puede tender a recorrer laberintos interminables de zozobra, porque hacerlo implica delimitar el enfoque y el paradigma epistemológico y metodológico, cuestión que para ese momento el equipo no tenía ni la más mínima idea de qué era cada uno de estos conceptos.

Metidos en este berenjenal, casi a ciegas y sin pensarlo demasiado, cada uno comenzó a leer intensamente sobre las emociones. La líder de esta batalla fue Jennifer, con el pretexto de construir la “Ficha inicial de Proyectos de Investigación” para la docente Adriana Galeano. Los miembros del grupo leyeron bastante: cualquier artículo que tuviera la palabra emociones era un buen prospecto y, a ciencia cierta, no recuerdan bien el número de textos que leyeron; lo que sí saben es que este proceso les dejó las siguientes claridades frente a su tema de investigación:

Las emociones son diferentes a los sentimientos. Estos últimos son más duraderos en el tiempo y podría decirse que se estructuran dentro de las relaciones e interacciones, que también perduran.

Las emociones pueden tener enfoque biológico, psicológico o social. Ninguno de estos enfoques se contraponen al otro, sino que coexisten dentro de los contextos sociales e incluso dentro de cada persona. Casi sin percibirlo, vivimos pasando nuestras emociones por uno u otro enfoque a conveniencia.

Las emociones vistas desde el paradigma epistemológico de que los seres humanos tenemos que aprender a controlarlas —que es una visión bastante difundida social y culturalmente— solo estructuran la creencia de que no hay que dejar aflorar las emociones negativas. Esto hace que las personas estemos enfocadas en reprimir dichas emociones sistemáticamente, sin dejar que salgan a la luz, lo que nos convierte en ollas a presión a punto de explotar, nada sano para nuestro bienestar emocional y mental.

Además, no podemos clasificar las emociones como positivas o negativas; son simplemente emociones que debemos permitirnos sentir, expresar y vivir. El punto está, simplemente, en aprender a dilucidar cuándo la expresión de nuestras emociones sobrepasa nuestra propia dignidad y la de quienes nos rodean.

Las emociones tienen un enfoque social. De hecho, se pueden construir socialmente. Este enfoque permite ver las emociones desde una visión más esperanzadora que facilita expresarlas dentro de espacios de seguridad, respeto y aceptación, lejos del juzgamiento.

El término emociones ha presentado una variación en la historia, pues nace en la antigüedad de reconocer que existe una parte pasional en el ser humano y desde allí se fue ampliando de acuerdo a diferentes posturas iniciales filosóficas y espirituales, para finalmente enfocarse en cuestiones propias de la psicología.

Por otro lado, de forma paralela a esta tarea ardua de leer sobre emociones, los integrantes del grupo investigador también tuvieron el reto de definir qué querían saber de ellas. En este proceso, el protagonista fue David, quien guio al equipo en la decisión. Él lideró el tránsito del concepto de imaginarios, significados y representaciones sociales. Se reunían en los descansos que dejaban las eternas clases de los sábados y, a partir de ejemplos y un lenguaje muy elaborado, trataban de encontrar a ciegas cómo preguntar si el agua moja.

Igual que Ana, Jennyfer buscó la forma de comprender cada uno de los conceptos propuestos por David. Seguir sus ideas no siempre resultaba fácil, su mente era buena para entender, pero David era una máquina de procesamiento conceptual de muchas velocidades, además, aunque parece sencillo interpretar los conceptos, en realidad es muy delgada la línea que hace que estos sean aplicables en un proceso de investigación. Algo que ayudó bastante para esclarecer cuál de estas categorías sería la más apropiada, fue la labor de David en su indagación luego de que él hiciera su ejercicio de comprensión; buscaba dar a entender lo que era cada una de forma clara y sencilla, y, por otro lado, el ejercicio de Ana de aterrizar a la realidad concreta, ella es un genio en estas cosas, generó espacios de discusión y decisión para seleccionar la categoría de representaciones sociales como la más apta para esta investigación.

Al final, luego de un ir y venir de conversaciones mentalmente agotadoras, las categorías de imaginarios y significados se dejaron de lado, primero, porque limitaba la investigación a un plano descriptivo, segundo porque no permiten ahondar en el término emocional, y tercero porque ambas pueden trabajarse desde el concepto de representación social.

### CAPÍTULO 3.

#### ¡QUIÉN DIJO MIEDO! PA' LAS QUE SEA!

De un día para otro, sin rodeos o vacilaciones, estaban decidiendo quién acompañaría el viaje, porque los aspectos de una investigación se definen paralelamente; no hay una única ruta que impida esclarecer un tema investigativo y a la vez escoger a los acompañantes. Dentro del propósito de seleccionar los coprotagonistas del recorrido, el equipo investigativo tuvo en cuenta varias condiciones particulares, recaladas por David desde un inicio: “los estudiantes escogidos no pueden tener dificultades en el manejo de las emociones”. Esto implicaba que no podrían estar diagnosticados con trastornos de ansiedad, depresión, o trastornos alimentarios como bulimia o anorexia, y tampoco ideación o intentos de suicidio.

Esta condición se respetó hasta el final porque, como equipo, sabían que habría una dificultad mayor con estudiantes que estuvieran transitando alguna de estas situaciones. No era conveniente abrir cajas de pandora que no fueran capaces de cerrar; además, ninguno era psicólogo clínico o psiquiatra como para contener estas potenciales situaciones caóticas. Muchas veces se sintieron en una carrera contrarreloj, pero siempre tuvieron como propósito la definición de los aspectos del trabajo de grado. Para ese momento consideraron que si a través de la lectura de textos se esclarece el tema de investigación, así podrían también definir los estudiantes que vivirían el viaje con ellos.

Para ello, encontraron impulso en el inicio de la asignatura del “Seminario de Prácticas de intervención I”, orientado por la docente Bibiana Chiquillo, quien propuso algo fabuloso: concebir los trabajos de grado desde la intervención. El equipo vibró muy alto con esta idea porque era una confirmación de que los espacios de expresión de emociones iban a ser retomados de alguna forma. Era una señal de que estaban en la universidad y en la maestría correcta.

Entender las investigaciones como propuestas de intervención permite formular un propósito superior y las convierte en procesos sólidos que aportan a la recolección de información y a la transformación de las realidades que se investigan. Para llegar a este punto se necesita definir la institución y la población que será beneficiada directamente con la propuesta.

A partir de allí, el equipo se vio retado a construir la propuesta de intervención, sobre la base fundamental del siguiente árbol de problemas:

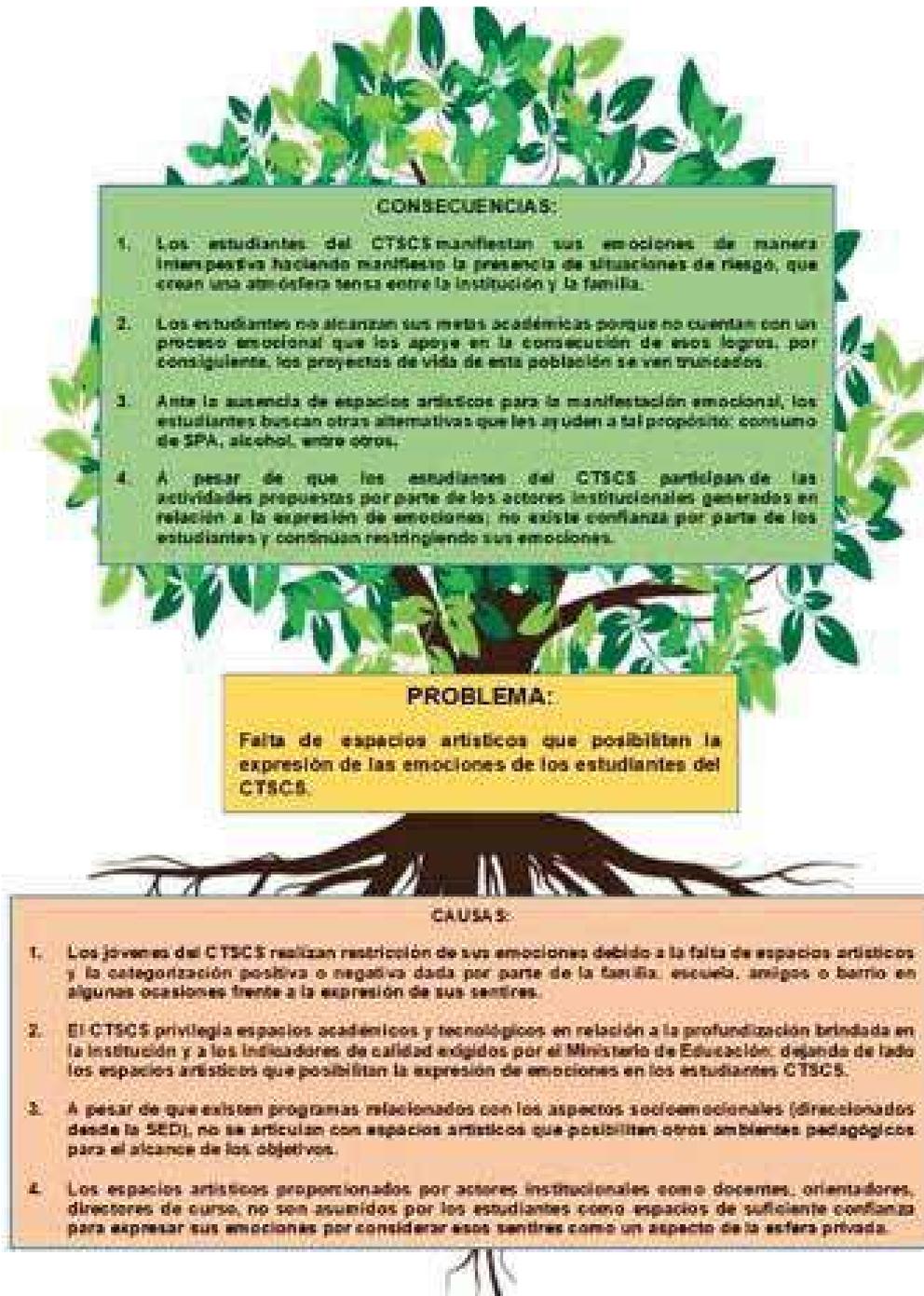


Imagen 1. Árbol de problemas. Fuente: Elaboración propia.

Esta herramienta diagnóstica dio origen a los siguientes objetivos de intervención:

**Objetivo general:** propiciar espacios artísticos que posibiliten la expresión de las emociones de algunos estudiantes del “San Cris”.

**Objetivos específicos:**

Fomentar la participación de algunos estudiantes del “San Cris” en espacios artísticos que les permitan reflexionar frente a su comprensión de las emociones.

Facilitar el reconocimiento de los espacios institucionales por parte de algunos estudiantes del “San Cris” que se pueden aprovechar para su expresión emocional.

Favorecer la apertura de espacios de confianza con algunos estudiantes del “San Cris” frente a la expresión de sus emociones por medio de la creación artística.

Estos objetivos eran dignos de tener un grupo de estudiantes diversos, que pudieran disfrutar de las acciones, pero que a la vez sirvieran como fuente de información de la investigación. Para ello, se inició la selección de participantes de la investigación, proceso que se resolvió sin muchos contratiempos teniendo en cuenta la espera adicional que implicó la firma de consentimientos informados por parte de las familias de los estudiantes seleccionados.

Teniendo en cuenta los protocolos de la Fundación Universitaria Monserrate, dentro del “Seminario de Prácticas de intervención I” llegó el momento de pedir permiso al rector del “San Cris”. Ahora solo quedaba entrar a negociar el aval que les daba la seguridad para realizar la investigación.

Entonces Ana, empezó a hacer lo suyo: gestionar. Llevaba alrededor de cinco meses en el “San Cris”, durante los cuales se dedicó a construir relaciones. Charló con estudiantes, familias, docentes de aula, directores de curso, coordinadores, administrativos, rector, servicios generales y personal de seguridad. Estuvo atenta a sus necesidades e inquietudes para intentar resolverlas desde su alcance, lo que le abrió muchas posibilidades, pues al menos le copiaban sus ideas “locas”. No es que sus ideas realmente lo fueran, sino que no encajaban en lo que regularmente hacía una orientadora.

Tener un integrante del equipo dentro del contexto de la investigación es importante, pero es mucho más significativo y útil que esta persona haya construido relaciones de respeto, cooperación y empatía, porque esto facilita el camino. Si la travesía es incierta, sus exploradores deben tener audacia.

El aval del rector Saúl Hernán Ramírez Caicedo se gestionó en dos pasos: en una primera oportunidad, se le comentó al rector sobre la intención de desarrollar la investigación dentro de la institución educativa para tantear el terreno: no se iban a *ir de cabeza* por un sueño si la institución no tenía interés. Luego de notar que había una luz de esperanza, se lanzaron con toda y entregaron la propuesta formal. La carta radicada recibió respuesta positiva rápidamente. Este aval tuvo en cuenta unas condiciones institucionales que, aunque nunca estuvieron escritas, siempre fueron respetadas por el equipo investigador:

Las intervenciones se realizaron por fuera de la jornada académica; los estudiantes seleccionados no perderían sus espacios curriculares.

Los estudiantes seleccionados no podían estar debiendo asignaturas, por lo cual tendrían un buen rendimiento académico.

No se podían solicitar permisos laborales reiterativos para la ejecución de los procesos, por lo que muchas veces Ana tuvo que extender sus horarios (aunque regalar horas extras ya es una mala costumbre en varios investigadores que ojalá pueda cambiarse a futuro).

El aval fue enviado a la Secretaría Académica de la maestría y se cumplieron los protocolos de ARL para autorizar el desplazamiento e intervención de David, Jennyfer y Ana de manera veloz y diligente. Luego de esto se pasó a una rápida selección del grupo de estudiantes que acompañaría el viaje

Para esto, se habló con dos docentes de sociales: Katherine Chivata Ávila, de la jornada mañana, y Nelsy Peña, de la jornada tarde. Se eligió a estas docentes porque, para ese entonces, eran las directoras de grupo del grado séptimo. Los tiempos de la investigación, la edad promedio de los estudiantes y las cargas académicas futuras de los estudiantes de grado séptimo, hacían de estos la población más viable para hacer sustentable el proceso. De hecho, la totalidad de los encuentros y la recolección de información se dio durante el 2022.

Escoger a los estudiantes en conjunto con cada docente no fue difícil; en este propósito, los investigadores se dejaron guiar por el conocimiento y la experiencia de las docentes de los cursos. Fue un ejercicio de confianza, en el que cada profesor propuso seis estudiantes de su curso, teniendo en cuenta las condiciones iniciales: buen rendimiento académico y un registro libre de antecedentes de depresión, ansiedad, ideación o intento suicida, y trastornos alimenticios. Las docentes agregaron la condición de que las familias fueran comprometidas y receptivas a los procesos educativos de sus hijos e hijas. Esta condición parecía poco importante, pero gracias a ella, los procesos de firma de consentimientos informados y permanencia de los estudiantes dentro de los encuentros y reuniones no presentó dificultades.

El equipo entiende y agradece infinitamente al universo a los sistemas familiares que acompañaron y participaron de estas decisiones, porque siempre hicieron su parte y guiaron maravillosamente esta aventura. Recuerdan con nostalgia absoluta cómo fue el proceso de contactar a cada estudiante preseleccionado, uno por uno. Se les habló de la proyección de la investigación, sus condiciones de participación y los compromisos que deberían adquirir. Se les hablo desde el corazón, desde el alma, y el proceso se presentó como una oportunidad para encontrarse en torno al arte y la expresión de emociones, además de manifestar la felicidad de que aceptaran hacer parte de la travesía, que finalmente se bautizaría *Representaciones sociales de la expresión emocional en los territorios familia-escuela*.

En la conversación con los estudiantes, cada uno tuvo la oportunidad de decidir si quería hacer parte del *parche* y, únicamente luego de tener en cuenta lo que cada uno pensaba y quería, se les entregó la circular de citación por horarios a los padres de familia en contra jornada. De esta manera, nunca estuvieron reunidos; lo que se hizo fue hablar con cada familia por separado para explicarles la intencionalidad, la proyección del proceso y las implicaciones de la firma del consentimiento informado. Tanto en las familias como en los estudiantes se observaron altas expectativas, y en ese contacto fue visible la necesidad que tenían los padres de acceder a este tipo de alternativas.

## CAPÍTULO 4.

### ¡BÁILEME ESE TROMPO EN UNA UÑA!

La construcción del marco teórico fue un proceso espinoso que llegó a presentar modificaciones de última hora, y se desarrolló a partir de la siguiente pregunta de investigación: *¿Cuáles son las representaciones sociales de la expresión de las emociones que tienen un grupo de estudiantes del Colegio Técnico San Cristóbal Sur IED en los territorios Familia-Escuela?* A su vez, llegar a esta pregunta tal y como fue formulada no tuvo un camino fácil, estuvo lejos de ser *mamey sin pepas*.

Habría que decir que se devoraron muchos artículos académicos y que se tuvieron muchas discusiones al interior del equipo investigador, más que todo en sus dos conceptos principales: “Representaciones sociales” y “Emociones”. Luego de ser definidos, se pudo generar la inquietud sobre donde se quería evidenciar estas representaciones sociales de la expresión emocional.

Si bien el equipo tenía claro trabajar la categoría *emociones*, buscar una mirada específica sobre ellas no fue tarea fácil. Resultó ser complejo de definir debido a las muchas interpretaciones que se presentan en la historia bajo la mirada de diversos autores de distintas disciplinas. Jennyfer y David se empeñaron en buscar una mirada conceptual acorde a la finalidad de la investigación; para ello, acudieron a varios escritos que permitieron identificar el camino deseado, al igual que recibir varias recomendaciones de algunos docentes de la maestría.

La primera parada de Jennyfer giró en torno a la psicología social. Ella no tenía ni idea sobre esta rama de estudio; sin embargo, se lanzó a consultar y logró identificar que las emociones son como un conjunto, no a partir de las variaciones que las dividen en positivas y negativas, sino más desde su propio punto de vista. Esto la llenó de gran entusiasmo, pues presentía que las cosas estaban tomando el rumbo que su equipo necesitaba. Fue algo significativo, puesto que le permitió resaltar que las emociones están presentes en las distintas situaciones de la vida.

Si bien Jennyfer había logrado afinar parcialmente el rumbo con el objeto de alcanzar su objetivo, se desilusionó al darse cuenta que esta rama de la psicología aún poseía cuestiones positivistas y que se alejaban de su enfoque investigativo.

¿Qué hacer ahora?, ¿cuál camino tomar?, ¿existía alguna línea que pudiera apoyar lo que ellos querían hacer? De nuevo, se sumergió en los textos y en las bases de datos para hallar un camino.

Para la segunda parada de este viaje, Jennyfer pensó en acudir en lo que era para ella su lugar seguro, su amada filosofía, así que inició su investigación buscando cómo se entendían las emociones desde allí. Así pudo hacer un recorrido interesante y comprendió por qué tras mucho investigar su trabajo de grado estaba dentro de la complejidad. Eventualmente logró encontrar un autor con el que se identificó, quien se convertiría en uno de los ejes del marco teórico, Byung-Chul Han, este sería su fuente de inspiración.

Hasta aquí se habían logrado dos cosas: primero, una separación de las emociones de la mirada clásica; y dos, una invitación desde la filosofía sociocrítica para darle una voz a las emociones mal llamadas negativas, un rescate del olvido al que habían sido sentenciadas.

Se avanzó en este sentido, pero aún faltaba un sustento fuerte para llegar a entender las emociones en relación con las representaciones sociales. En un momento se sintió desesperación, ¿cómo era posible avanzar, y aún estar tan lejos? En estos momentos fue necesario que David acudiera al rescate. Él en su capacidad investigativa y recordando un autor que el profesor Adrián Galindo había nombrado en algún momento, se abrió paso a un nuevo rumbo frente a las emociones.

Este nuevo camino estaba caracterizado por dos situaciones: la primera estaba relacionada con la emergencia del autor propuesto por David, Kenneth J. Gergen, quien asume que las emociones no son conceptos concretos, sino que las aborda como manifestaciones emocionales resultado de una serie de eventos que ocurren en los distintos espacios; la segunda era que dentro del proceso de análisis inicial, únicamente se tomaban dos emociones; por consiguiente, no había razón para ampliar en este caso la discusión para conceptualizarlas de forma exclusiva. Entonces, como cuando una bombilla se enciende, el equipo se dio cuenta de que su interés no era definir las emociones, sino discutir cómo éstas habitaban y se hacían presentes en los estudiantes con los que se desarrollaba la investigación, pues sus expresiones emocionales en diferentes situaciones eran claras (para ellos) a la hora de interactuar con distintos actores en lugares diversos.

Un respiro. Gritaron en sus profundos pensamientos, pues entendieron desde donde podían navegar hacia la meta de sus deseos, aunque esto los llevara nuevamente a crear objetivos y reestructurar algunos elementos de la investigación. Por fin los investigadores habían llegado a danzar con su categoría, el marco teórico se hizo vida en la filosofía y en la psicología sociocrítica, los conceptos se afianzaron con la complejidad y es entonces cuando la metodología pudo tomar forma para analizar la cantidad de información recolectada en los encuentros.

*Representaciones sociales y expresión emocional* constituyó un camino arduo entre Jennyfer y David, pero ellos sabían que no era el único sustento de la investigación; faltaban otras categorías que Ana tuvo que transitar. Considerar a la familia - escuela como un territorio no fue una decisión fácil; el equipo se debatió muchas veces entre inclinarse por la una o por la otra, o tal vez por separado. Sin embargo, como diría un creyente: “los caminos de Dios son perfectos”. Fiel a su creencia en el poder del universo, Ana pensó: “El Universo sabe lo que quiero y él me llevará”. En efecto, la universidad terminó haciendo su parte. Y vaya que sí la hizo.

El equipo investigador tenía un rasgo particular y era haber ingresado a la maestría a través de la homologación de un año de la especialización en Educación y Orientación Familiar. Por ello, y de acuerdo al pensum, debían ver dos seminarios adicionales. El primero de ellos fue designado arbitrariamente, y no fue posible tomar decisiones frente a su contenido. El seminario en cuestión fue “Familia y territorio”.

Este resultó ser un todo un reto. Lo que aconteció mientras el equipo investigador transitó por el seminario fue revelador, en lo que respecta a la concepción de las nociones de territorio *familia-escuela*. En primera instancia, dentro del seminario se abordaron los conceptos de *espacio y territorio*, desde una perspectiva socio-crítica, cuestión que le aportó directamente a la investigación. En segunda instancia, se abordó la *familia* como un territorio. De allí surgió la premisa de considerar el territorio *familia-escuela* como una amalgama en constante relación e interacción en la que los procesos de retroalimentación y los principios ecosistémicos aparecen fluidamente bajo fronteras casi imperceptibles.

Gracias a este seminario, y conscientes de que los trabajos no se hacían para pasar una asignatura, se conservaron todos los escritos y fueron la base para el tema de familia - escuela, con párrafos significativos que lo relacionan como territorio de la expresión emocional. Ana recuerda con especial cariño el día en el que su tutor, Johan Avendaño, al revisar los escritos del marco teórico, le dijo: “esto es muy lindo” y marcó el siguiente fragmento:

En primera instancia, la Familia-Escuela como territorios habitados por los participantes de esta investigación, son espacios de representación porque tiene unos códigos y simbolismos específicos propios dados dentro de la identidad familiar y escolar. Desde estos espacios de relaciones, vinculaciones, simbolismos y códigos intrínsecos y extrínsecos, cada persona genera relaciones mediadas por la subjetividad e intersubjetividad que construyen y deconstruyen las representaciones sociales de la expresión de las emociones (Devia, Muñoz y Roa 2023, 75).

Este fue un mensaje sanador que le ayudó a descartar la idea casi estructurada de que no escribía. Así, la escritora que habita en Ana se levantó de sus cenizas y floreció.

El tema de *subjetividad e intersubjetividad* llegó sin aviso, pero esta vez Ana y su intuición fueron las que guiaron esta elección. Este tema surge del segundo seminario que debía tomar el equipo investigador y que, en esta ocasión, receptiva ante la sugerencia de la cohorte, la universidad ofreció un abanico de cinco opciones, con sus respectivos calendarios y cupos disponibles.

Dentro de las opciones, la que más llamó la atención de Jennyfer y David solo tenía dos cupos; las restantes tenían calendarios extendidos o que iniciaban a partir de septiembre. Por ello, tras observar detenidamente los nombres de los seminarios, se escogió el de “Subjetividad e intersubjetividad”, no sólo porque su calendario de trabajo iba de agosto a septiembre, sino porque, según David, este curso podía ayudar a esclarecer el concepto de *representaciones sociales* y el papel de la subjetividad dentro de ellas.

Guiada por su intuición —y no por un concepto insufrible— les comentó a sus compañeros la idea y ellos accedieron a inscribirse en el seminario ofrecido por la maestría en Educación desde y para las Diversidades. En esta asignatura, el equipo investigador pudo leer textos interesantes sobre subjetividad e intersubjetividad. De hecho, muchos de ellos estaban directamente ligados a las *representaciones sociales*.

Para esta materia, Ana tomó la decisión de separarse de Jennyfer y David y conformar equipo con una estudiante de otra cohorte de la maestría en Familia, Educación y Desarrollo, por dos razones: primero, porque los equipos exigidos por el docente eran de máximo dos integrantes, y segundo, porque necesitaba demostrarse que era capaz de llegar más lejos. Esta sabia decisión alivió a Jennyfer y David quienes trabajaron sin obstáculos durante el curso de tan provechosa asignatura electiva. Su interacción estaba abierta al diálogo, a las sugerencias y la corrección del rumbo si así era necesario.

De hecho, fue lo mejor que pudo hacer en ese momento. Gracias a eso, los escritos de subjetividad e intersubjetividad fueron la base de este tema dentro del marco teórico de la investigación. A continuación se puede observar un mapa conceptual en el que se resume la comprensión frente al tema:



## CAPÍTULO 5.

### ¿CÓMO SON CUENTAS?

En esta travesía, fueron muchos los caballos de batalla; de hecho, cada integrante dio su mejor pelea y esculpió algunas de sus columnas. Lo cierto, es que, así como David y Jennyfer lideraron la travesía de dilucidar la pregunta de investigación al definir *representaciones sociales y emociones*, Jennyfer esclareció el enfoque epistemológico determinándolo dentro del paradigma de la complejidad y socio-crítico, y Ana lidió y batalló hasta el último momento con la construcción *Investigarte*.

Aquí hay que tener en cuenta que la especificidad profesional hizo su parte. Así como la filología vivida por David y la filosofía arraigada en Jennyfer fueron la base de la construcción epistemológica, del diseño, del análisis y de la interpretación de la información recopilada, también la profesión de base de Ana como trabajadora social, por su pragmatismo en metodologías participativas, tuvo la no tan fácil tarea de construir el programa *Investigarte*.

*Investigarte* tiene un sentido otorgado desde el hacer que le da su originalidad. Dentro de la investigación, el equipo siempre buscó generar títulos diferenciados que no resonaran con la pereza que suele producir el hecho de leer páginas interminables que “no llevan a ningún Pereira”, y en cambio sí confunden al lector. Por el contrario, siempre se tuvo la pretensión de que cada capítulo tuviera un título interesante, que hablara de eso que tanto les costó construir. De hecho, los epígrafes fueron buscados cuidadosamente por Ana, porque siempre quiso reflejar lo que significativamente habían pagado por llegar allí.

Cada fase de *Investigarte* habla de los caminos que trasegaron para llegar a puerto firme y dar sentido a un marco metodológico que no se asemeja a ningún otro, por la razón de que fue su travesía. Básicamente, *Investigarte* está compuesto por cuatro secciones: Asesorarte, Diseñarte, Emocionarte y Analizarte. Cada título tiene sentido y se asocia a una etapa, con “Emocionarte” como su columna vertebral.

Esta etapa fue llamada así porque en un inicio se buscó esclarecer las emociones a través del arte, pero luego se dieron cuenta de que el arte solo era una estrategia ocasional que facilitaba acercarlos al puerto. Ana conservó “Emocionarte” porque el equipo quería llegar al corazón de las expresiones emocionales de ese grupo de jóvenes, quería emocionar y emocionarse con los hallazgos, deseaban llegar al alma y no solo descubrir que el agua moja.

La construcción de *Investigarte* fue toda una hazaña: avanzaban y retrocedían constantemente. Su base fue el proceso de intervención realizado dentro del seminario de “Prácticas interventivas I”, dictado por la docente Bibiana Chiquillo, pero no fue lo único. Al mal tiempo darle prisa porque, aunque parecía un terreno explorable, sus ondulaciones podrían llegar a ser confusas.

Cualquier marco metodológico está compuesto previsiblemente por tres elementos: recopilación de la información, construcción teórica y análisis de la información. Por eso, más y más montañas de artículos fueron devorados, algunos con sentido y otros solo para ser descartados o ratificar que definitivamente por ahí no era. Divagaron entre etnografía y hermenéutica, para decidirse por la última. Pero eso solo fue la mezcla del pastel, pues habría que definir qué autores específicos apoyaban su apuesta. Jennyfer, a pesar de ser filósofa, sintió el verdadero temor de Cell<sup>3</sup>, como dicen sus estudiantes, pues sabía que la hermenéutica tenía muchas ramas por las que trepar.

Al final, Ana decidió armar un rompecabezas con los autores que resonaban con lo que ya habían hecho. Siempre se cuidó de que los autores escogidos tuvieran un perfil imperceptible para muchos, pero que gracias a la maestría ella había afinado lo suficiente. Además, las ideas de los autores debían pertenecer al paradigma complejo o sociocrítico.

Jennyfer, por su parte, inició su propia búsqueda de acuerdo a sus conocimientos en filosofía; acudió a los autores que para ella serían los más pertinentes, así como a algunas investigaciones que ellos habían utilizado de la hermenéutica como metodología.

Tal vez allí podría tener un referente acorde a su proceso. Con la tarea iniciada, Ana y Jennyfer hablaron con David, quien también había investigado por su parte, pues tenía un gran afán por comprender de qué manera este método podría ser utilizado en la investigación.

---

<sup>3</sup> Frase presente en el capítulo 187 de la serie manga japonesa Dragon Ball Z y utilizada en la actualidad para referirse a momentos que causan angustia.

“¡Vaya ‘berenjenal’ en el que estaban envueltos!”. Pero el mayor reto llegó cuando David, después de haber avanzado en un texto coherente con lo que habían hecho y haber recorrido lo suficiente como para esclarecer cómo harían el análisis de la información, pregunto: “¿Qué autor o autores soportan el análisis de la información?”.

El silencio fue glacial y el argumento endeble. Entonces Ana respondió: “La hermenéutica no requiere de un proceso específico; es el arte de interpretar y a esta comprensión se puede llegar por caminos propios; no es necesario un autor”. Con este argumento pálido, se quejó ante Jennyfer, la de la experiencia filosófica, para que la apoyara. Ella sabía que la hermenéutica no necesitaba de un autor específico que les dijera cómo analizar la información paso a paso, pero sus compañeros tenían reservas al respecto.

De hecho, para Ana, la hermenéutica es un camino con un puerto firme, pero sin una ruta específica que recorrer, en la que se pueden hacer y deshacer los pasos a discreción, hasta comprender cómo llegar a él. Al fin y al cabo, la hermenéutica es una forma de entender y comprender. Pese a esto, en adición a lo que habían logrado investigar, y movidos por las prevenciones de David y Jennyfer de que los análisis y resultados fueran cuestionados durante la sustentación, Ana y Jennyfer se dedicaron a buscar un autor que diera un norte sobre los procesos de comprensión, interpretación y comprensión final.

Jennyfer de nuevo retomó lo que ya tenía avanzado, profundizó y luego de dar tantas vueltas en su cabeza, leer y ver videos, comprendió lo que Ana decía, pero desde la mirada de Gadamer, un autor que no es nada sencillo de comprender. Llena de esperanza y con el entusiasmo de Ana, quien siempre iba acelerada, se reunieron y descubrieron con sorpresa que, casualmente también ella había llegado al mismo autor, además de otros adicionales que se apoyaban en su teoría.

Cada una desde su comprensión pusieron las cartas sobre la mesa e iniciaron la organización de la información hallada. Para ello, se compartieron los textos que cada una tenía en sus manos. Luego de haber leído de forma individual, armaron con la idea de Ana un cuadro en el que se explicaba el círculo hermenéutico propuesto por Gadamer. Este lo escogió Jennyfer, ya que sentía que cada uno de los procesos del círculo estaban siendo aplicados en la investigación pues entendía con claridad que la comprensión había iniciado con los círculos conversacionales con los estudiantes de la investigación. Con estos círculos expresaban sus sentires de forma libre, sin juicios y prejuicios.

Como si la vida misma quisiera que la investigación tomará un rumbo maravilloso y sin haberlo notado, el equipo fue traspasado por la hermenéutica. Cada pregunta en los encuentros era una forma de comprensión inicial en el texto de las voces de cada estudiante. La transcripción era una forma inicial de interpretación de la información, y la creación de matrices de forma intuitiva era una comprensión profunda de lo que se iba desenredando.

El círculo hermenéutico se hacía solo. Con los textos de Gadamer se entendía y se sustentaba lo comprendido por Ana. La secuencia texto, contexto y pretexto daba fin a la búsqueda metodológica que tanto necesitaban los investigadores.

La hermenéutica tomó forma en la metodología, pero a su vez se volvió parte del marco teórico. Fue gracias a ella, y de forma intuitiva, como se logró descubrir las voces de los participantes, comprenderlas e interpretarlas para dar a luz a cada uno de los hallazgos del ritmo investigativo.

Con respecto a la hermenéutica se puede concluir que fue un proceso interpretativo fundamentado en los discursos, en las observaciones y en los instrumentos creados por los investigadores, cuyos análisis surgieron del ingenio, la intuición y la habilidad del grupo para plasmar en el papel una realidad muy compleja y abstracta. Posteriormente, como producto de las inseguridades vinieron las teorías y sus autores con los que se buscaba darle peso a la investigación; sin embargo, los investigadores ya habían construido elementos argumentativos suficientes para defender su trabajo, solo que no estaban completamente seguros.

## CAPÍTULO 6.

### ¡SON ENCUENTROS, NO TALLERES!

Desde el momento en que el grupo de investigadores conformaron su equipo e intercambiaron ideas, comenzaron a darle forma a esta investigación. A lo largo de diversas etapas, experimentaron un proceso de construcción y deconstrucción constante, en el que exploraron la relación entre el tema de investigación, el grupo de estudiantes participantes y ellos mismos. Por supuesto, hubo otros actores: los docentes de la maestría, las familias, los miembros de la comunidad educativa y los asesores externos. De este modo, los curiosos docentes también se sumergieron en este fascinante viaje, creando y recreando ideas, siempre en la búsqueda de un conocimiento más profundo y significativo.

Ya se había decidido que la investigación se llevaría a cabo al sur de la bulliciosa ciudad de Bogotá, en la localidad de San Cristóbal. Para tal fin, los investigadores decidieron iniciar una fase crucial de exploración; se trataba de un baile intelectual entre el saber y la curiosidad. Imagine un lugar en donde los vínculos familiares y las emociones (en varias ocasiones sin gestionar) de los niños llenan cada rincón y experiencia. Y es aquí, en el Colegio Técnico San Cristóbal Sur I.E.D., donde estos entusiastas se embarcaron en una travesía para tratar de entender algunos aspectos relacionados con las emociones de los jóvenes.

La tarea de concretar cuáles aspectos emocionales abordarían no fue fácil, pero con la orientación de una socióloga amiga, Sonia Alfonso, las complejidades de las representaciones sociales empezaron a tomar forma. Era como descubrir los matices de una pintura, en los que cada color tenía una serie de significados que iban desde lo superficial a lo profundo. Las estrategias metodológicas se convirtieron en un rompecabezas que necesitaba ser resuelto. La idea inicial de utilizar el arte como un medio creativo para explorar las emociones fue fascinante, pero resultó ser un sendero pedregoso difícil de transitar.

“Es importante que tengan nociones básicas de arte, de otro modo, puede que los chicos con los que van a trabajar terminen fastidiados con el tema”, fueron las palabras de un amigo artista, Marcel Marentes. Él los asesoró y los aterrizó con contundencia, debido a que en este grupo no había artistas, ni siquiera maestros de brocha gorda. Quedaron un poco “desinflados”, pues ya habían visualizado situaciones con murales, pinturas y thinner, pero debían ser sensatos y reajustar el rumbo.

Fue entonces cuando surgió la idea de usar la música. Nuevamente, llega al rescate otro amigo, el profe Camilo Ebratt, un docente de inglés que conoce bien el contexto del rap y dancehall. Cuando este compa artista le explicó a David cómo era “el maní” con el rap y la forma en la que puede ser utilizado para darle voz a los chicos, la cuestión empezó a sonarle a... música. Animado, pero con algo de duda (nadie en el grupo era músico), David se acercó a Ana y Jennyfer para hablarles del tema en el que su parcerero lo había instruido un poco.

Después de escucharlo, y coincidir con él en que la idea era bien interesante, Ana fue a explorar los gustos musicales de los chicos para saber si les gustaría escribir letras de canciones o algo así. Unos días después llegan las malas noticias, dijo Ana: “a estos chinos les gusta el rap... pero como que no les atrae ponerse a escribir, quieren relajarse y alejarse de lo que hacen en la jornada escolar”.

Los investigadores estuvieron en silencio durante unos segundos. Luego casi al unísono, acordaron que la música sí debía estar presente, pero no como un producto sino como un elemento ambiental, es decir, que animara los encuentros. “¡Cómo cuando uno hace aseo!”, dijo David. “¡O de fiesta!”, agrega Jennyfer. La cosa estaba tomando de nuevo forma, y sabiamente desistieron de meterse en asuntos que desconocían.

De esta forma, la música de fondo se convierte en un elemento muy importante que estaría presente en cada uno de los encuentros. Con su lenguaje universal, se erigió como el vínculo que unía a todos. Los gustos musicales de los estudiantes se convirtieron en un canal de comunicación que les permitió a las narrativas cargadas con emociones fluir con mayor libertad.

En este viaje de descubrimientos, las lecciones aprendidas en las prácticas interventivas fueron un faro orientador. Los obstáculos se convirtieron en oportunidades, y los objetivos de intervención, en brújulas que guiaban el camino. No se trataba simplemente de recopilar datos, sino de buscar transformaciones significativas que pudieran dar luces sobre cómo mejorar un poco las vidas de los estudiantes y su comunidad escolar.

Así, en medio del reggaetón, el rap y otros géneros, los investigadores se sumergieron en un mundo de posibilidades. Cada canción y cada charla contribuyeron a despejar paulatinamente el camino hacia la comprensión del meollo emocional. De esta forma, el proceso de *Investigarte* se transformó en una emocionante travesía hacia el corazón de las emociones adolescentes, resonando en los oídos de todos los participantes, enriqueciendo el conocimiento y fortaleciendo los lazos entre ellos.

Luego llegó *Diseñarte*. En esta etapa, el objetivo principal era trazar el camino para la recolección de información en la investigación. Aquí se tomarían decisiones cruciales sobre quiénes serían los protagonistas de esta travesía. Ana, Jennyfer y

David planeaban cuántos jóvenes convocarían, qué características debían tener y cuál sería el cronograma de este periplo. La trama era tejida cuidadosamente. Todo lo anterior hacía parte de una construcción incesante que no perdía de vista la singularidad que la población y el contexto le darían al tema investigativo. Era un principio que rondaba incesantemente las cabezas de los investigadores y sobre el que discutían para sentar unas bases relacionales respetuosas entre los estudiantes y los investigadores: una exaltación a la subjetividad como objeto de estudio.

Esta fase no era un puerto que luego se abandonaría sin dejar marcas en los viajeros; todo lo contrario, ésta atravesaba todo el proceso. Los instrumentos diseñados aquí no eran estáticos, sino que se ajustaban según las necesidades que fuesen emergiendo a cada paso. La resonancia de la metodología con el grupo de participantes era crucial, y las estrategias de recolección de la información se abor- daban con flexibilidad.

En Diseñarte, los encuentros se convertían en piezas clave del rompecabezas. “No son talleres, no vamos a enseñar conceptos específicos”, insistía Ana. Más bien, eran espacios para encontrarse con otros y consigo mismos, celebrando la subjetividad personal y colectiva.

Cada encuentro fue planeado por el equipo cuidadosamente. Tenían tres momentos: acercamiento inicial, desarrollo y cierre. En cada uno de estos tiempos se plantearon acciones y preguntas para dar con la luz que tanto buscaban, esclarecer el camino y llegar a ese buen puerto. Se planearon cosas tan locas como pensar que se podría recopilar información valiosa mientras se hacía el compartir; cosas que nunca se lograron, pero que sus mentes fantasiosas nunca se descartaron.

Los encuentros nunca fueron talleres. En medio de las discusiones, el grupo defendió a capa y espada la idea de que el taller es una actividad impersonal, y que el encuentro, en cambio, es la oportunidad de generar aprendizajes mutuos en los que facilitadores y participantes tejen relaciones horizontales. Cada rol hace parte de una sinergia colectiva guiada por lazos de confianza, que los lleva a comprender su realidad y la de quienes los rodean. Entonces, se enfocaron en la consigna de no hacer talleres, sino encuentros significativos y mágicos que generarían transformaciones que, aunque no eran explícitas, dejaron huellas en la construcción colectiva. Entre otras cosas, en ese proceso se hizo muy importante la palabra y la escucha empática.

Idealistas o no, los integrantes del equipo siempre tuvieron un norte metodológico que basó su recorrido en esos cuatro encuentros, los que complementaron con *Charlarte* 1 y 2, que no fueron otra cosa sino espacios para escuchar y ser escuchados. Estos encuentros le permitieron a Ana, Jennyfer y David agudizar sus oídos indulgentes, incluso sabiendo que se equivocaron cuando conducían la entrevista o formulaban alguna pregunta. Al final, sin buscarlo ni proponérselo, tuvieron la oportunidad de ir más allá y hacer investigación e intervención.

En los encuentros que hicieron parte de *Diseñarte*, los investigadores asumieron el papel de facilitadores, guiando las charlas y las discusiones que surgían alrededor del tema del día. Las sesiones no buscaban reducir la información a su mínima expresión, sino capturar la mayor cantidad posible de ideas, porque los investigadores creían que así podrían dar cuenta de la complejidad de las relaciones vinculantes en las que emergen las emociones. Luego se darían cuenta en lo que se habían metido.

En esta instancia, el encuentro no era un micro evento únicamente para recolectar datos y aprender sobre las emociones, sino que también era un gran esfuerzo de todos y todas por comprenderse. Así, en *Diseñarte*, cada decisión y cada encuentro constituyeron hilos que tejían una urdimbre llamada *sentido común*, plagada de incoherencias e incongruencias. Esto le dio forma a una investigación arraigada en la autenticidad y la conexión bidireccional entre el yo y el otro.

Posteriormente, se abrió paso a la siguiente fase bautizada como Emocionarte. La misión primordial era aplicar con mayor rigurosidad los instrumentos y técnicas de recolección de datos. Era el momento de echar a andar la maquinaria. En palabras de David: “¡hágale pues!”. Ana insistía en que los contenidos de los encuentros fueran creativos y entretenidos, porque ella había generado altas expectativas entre el grupo de estudiantes y no quería que estos se sintieran aburridos y que luego no regresaran.

En vista de que la vara había sido puesta tan alto, el grupo de investigadores se puso a la tarea de ajustar los instrumentos como si de fibras se tratara, para que el tejido inicial no se enredara en una maraña inextricable. Para evitar este nudo, hicieron un seguimiento constante de cada encuentro a partir de la información reunida; de esta manera habría una secuencia lógica, una historia. A pesar de ello, una sombra comenzó a formarse y rondaba a los viajeros casi sin ser percibida.

## CAPÍTULO 7.

### Y AHORA, ¿QUÉ HACEMOS CON TODO ESTO?

Para transcribir las grabaciones se hizo a la antigua, pues las herramientas digitales que habían recomendado en algunas clases de la maestría no eran tan sencillas de usar y no ayudaban al análisis de toda la información que se tenía... la sombra merodeaba. Así que David se dispuso a escuchar fragmentos, a transcribir y a comparar con notas previas registradas durante los encuentros. Fueron largas horas de transcripción, mientras Ana y Jennyfer avanzaban con otras partes del texto de investigación. Todos tenían algo que hacer.

Ana dedicó una eternidad a descifrar el tipo de investigación que para este momento aún era confuso, puesto que, según los profes de la maestría, correspondía a la etnografía, pero el equipo no estaba seguro. Sin embargo, seguros o no, era el momento de definirlo, por lo que Ana tuvo que revisar artículos enteros sobre etnografía y, entre más se leía, más perdida se sentía. Pese a todo, Ana continuó escuchando a su compañera fiel: la intuición. Luego de un tiempo, finalmente concluyó:

No es suficiente que uno de nosotros conviva con ellos en el colegio; a la final, nunca sabremos qué pasa en su casa o en el parque en el que se reúnen a diario. No es una etnografía. Y entonces, ¿qué hechicería nos habremos inventado?, ¿qué idea loca hemos levantado?

Jennyfer estaba dedicada a profundizar en el tema de las emociones y el marco epistemológico para iniciar su redacción, y se sumergió en una cantidad indeterminada de textos. Descubrió que su idea de sujetos de derechos emocionales tendría un rumbo diferente y que giraría con la mirada sociocrítica, en la cual se resalta la importancia del sentir en un mundo absorbido por el consumismo. Esto le abrió los ojos para saber cómo organizar y categorizar los hallazgos de la investigación.

El viaje planteaba un nuevo itinerario, la creación de las matrices y el análisis de las mismas. Una vez las transcripciones estuvieron listas, Jennyfer y David decidieron hacer el primer registro en ese formato. En un principio, no sabían ni por dónde ni cómo empezar. La cuestión estaba larga y compleja, pero ellos se hacían los de la vista gorda, muy a pesar de que varios docentes ya lo habían advertido: otra vez la sombra. Lo discutieron durante una hora y, tras un corto momento de tensión, se empezaron a reír de algunas frases que vieron en la primera transcripción. Entonces se prendió la bombilla: David le pidió a Jennyfer analizar la repeti-

ción de términos en un cuadro de Excel, lo que les daría la frecuencia y, a su vez, un patrón o una idea que al menos los guiaría para iniciar las matrices y posteriormente el análisis, que se veía ‘de pa’ arriba’. La sombra no desaparecía.

Al principio, Jennyfer no le veía mayor utilidad a este método, pero a medida que fueron avanzando, las expresiones verbales con respecto a las emociones le iban dando forma a las categorías que el grupo había planteado con anterioridad. Los novedosos datos se iban tabulando de manera natural y fluida... aparentemente.

Durante la clasificación de los discursos, surgieron varias preguntas: ¿qué emoción es esta?, ¿qué significa ese silencio?, ¿por qué evade hablar de esto?, ¿tú lo entiendes? Este constante cuestionamiento orientó en gran medida la clasificación de la información; había atisbos de análisis, pero nada concreto todavía. No obstante, pasó algo maravilloso: cuando ya iban terminando de registrar la transcripción del primer encuentro, empezaron a asomarse las primeras categorías y subcategorías: discurso, participantes, momentos, lugares, expresiones verbales o no verbales y actores. Estas locuciones, que agrupaban expresiones discursivas, también emanaban luces sobre el posible destino de esta investigación. ¡Uffff!, el grupo investigador se tranquilizó; a fin de cuentas, no estaban tan perdidos.

Cabe aclarar que, aunque estas representaron la piedra angular del proceso investigativo, las grabaciones y sus transcripciones no fueron el único material con el que se contó; adicionalmente, hubo mapas territoriales y corporales realizados por los estudiantes con los que se pretendía revelar aspectos “ocultos” que probablemente no saldrían a luz a través de las verbalizaciones. Pero, ¡vaya sorpresa! esto no sucedió. Aun cuando los productos obtenidos a partir de la cartografía social apoyaron la caracterización de los territorios y de sus actores, la información obtenida de estos no fue significativamente reveladora. En su lugar, estos productos sirvieron para cotejar lo transcrito en las matrices. Los estudiantes se inclinaron más hacia la expresión verbal de sus sentires y prefirieron hacerlo así que a través del dibujo y el papel. Ana daba su argumento: “[...] es que esos niños han dicho que toda la jornada en un salón con un lápiz en la mano, ¡nooo, qué pereza!, dicen ellos, yo no sé...”.

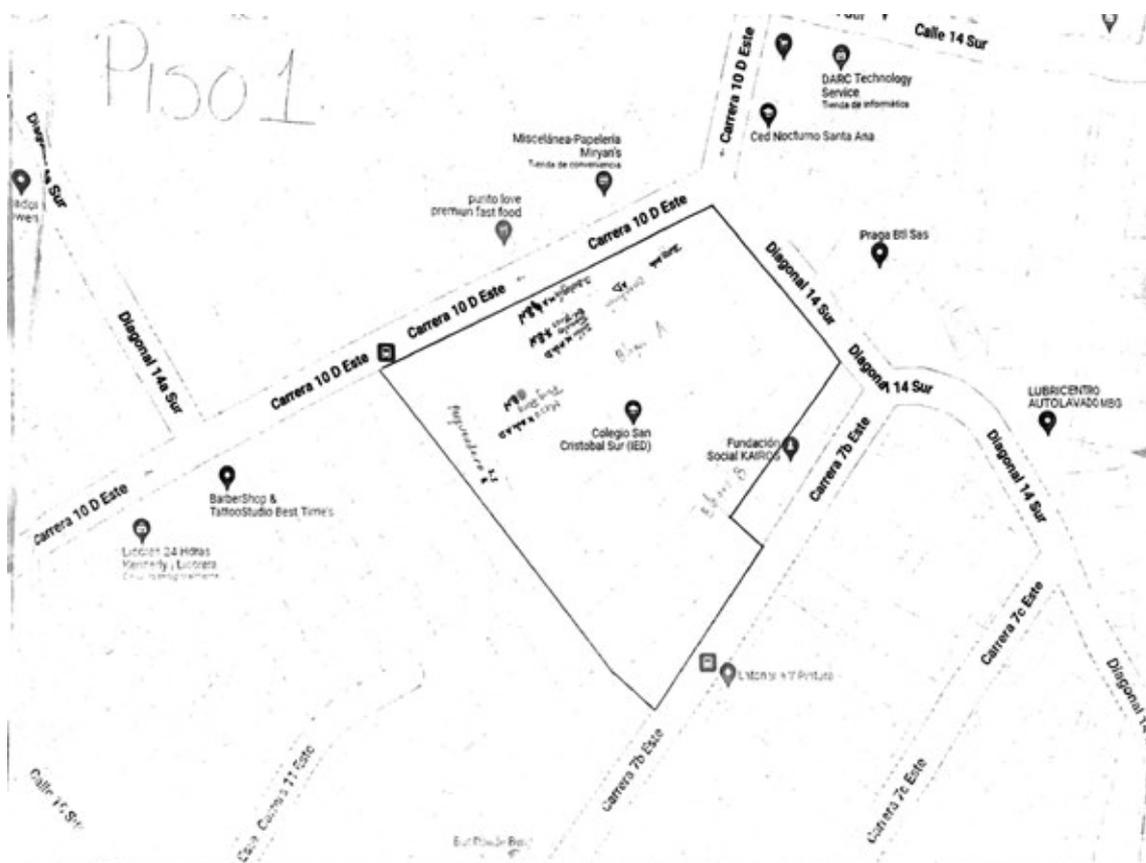


Imagen 3. Mapa del primer piso del Colegio San Cristóbal I.E.D.

En los encuentros se percibía que estos chicos y chicas se encontraban ávidos de desahogo, de que alguien que los escuchara, de no contenerse... habían callado durante bastante tiempo y no todas las expresiones emocionales les habían permitido sentirse libres. Hablar sobre lo que sentían en esos momentos con respecto a las experiencias en los territorios que ellos moldeaban representaba una posibilidad gigantesca de manifestar las emociones que en otras instancias habían sido menospreciadas o ignoradas.

Si bien los encuentros arrojaban información relevante y fascinante, su volumen no había sido advertido por los investigadores. ¡Uy, la sombra se volvía a hacer presente! Ana, Jennyfer y David, obnubilados por los ingeniosos discursos de los jóvenes, habían compilado registros escritos, grabaciones y productos materiales de los encuentros que al pasar los meses se transformaron en una vorágine de información que requirió quintuplicar esfuerzos con el objeto de esclarecerla.



Imagen 4. Elementos de recolección de información: cartografías y mallas de datos

El círculo conversacional, la entrevista semiestructurada y la cartografía social fueron instrumentos valiosos, pero los investigadores no dimensionaron su fuerza. El flujo “silencioso” de datos parecía interminable, la sombra dejó de ser una sensación para materializarse en grabaciones que duraban algunos minutos, pero se traducían en horas de transcripción, mapas en papel, notas de campo, entre otros. Adicionalmente, la preocupación invadió al grupo y las tensiones emergieron con la pregunta: ¿A qué hora y cómo vamos a transcribir y analizar todo esto?

Debieron haber escuchado cuando les decían que tenían demasiado material para descargar y analizar, pero ya era demasiado tarde: debían asumirlo. Era una carrera contrarreloj, y debían pedir tiempo extra para resolver esta complicación que ellos mismos habían gestado.

Con sábanas inmensas de información organizada en matrices, que representaban encuentros, entrevistas y círculos conversacionales, Jennyfer y Ana se dispusieron a ver entre nubarrones la tan anhelada luz. Sentadas en la biblioteca pública del barrio Restrepo, y eventualmente sometidas a olores no tan agradables, observaban, hablaban e intentaban por todos los medios ver la luz. Finalmente se decidieron: “Vamos a interpretar cada expresión de esta joda, vamos a mirar qué nos quisieron decir, más allá de sus palabras, pero sin contaminarlo con nuestros prejuicios...”, y Ana cerró diciendo: “Vamos a aplicar la lógica aristotélica, de la que me habla Matta...”.

Así, sin planearlo mucho, dedicaron reuniones virtuales enteras a interpretar cada expresión que, luego y para complicar aún más su travesía, o tal vez con la intención de ver por fin el resplandor, decidieron agrupar y observar si tenía sentido darles una interpretación conjunta. Esta última decisión generó enormes focos de luz finalmente, en los que no solo desentrañaron la complejidad de las expresiones emocionales, sino que también vieron claramente cómo el territorio *familia-escuela* se hacía reconocible. Ana recuerda con cariño y risa nerviosa como en cada encuentro decía: “espere busco mi cuaderno de lógica aristotélica”.

Sin aún tener muy clara la metodología hermenéutica, Ana, David y Jennyfer ya habían iniciado su travesía de forma intuitiva. Ya tenían una comprensión inicial con las transcripciones, una interpretación inicial con las matrices de agrupación y tabulación, una segunda interpretación con las matrices trabajadas desde esta lógica. Sin embargo, faltaba un cierre de comprensión e interpretación profunda que daría paso al análisis de la información. Así, Jennyfer creó una matriz final para agrupar la información más relevante dada en las tabulaciones y así dar la estocada final. ¿Quién diría que sería posible agrupar la avalancha informativa de esta forma? Fue algo que los dejó sin aire por un tiempo, pero pudieron salir a flote.

Largo recorrido, ¿verdad? Para que se rían un rato: esto de organizar la información en matrices no fue sino el principio del análisis. Si la avalancha hasta este punto se llevó a su paso la calma del equipo y aún sobrevivían, la construcción de la discusión fue todo menos una forma fácil de salvarse.

David, con su gran capacidad de organizar la información, con los datos que las matrices habían arrojado, redactó unos textos que resumían lo que se había encontrado allí: lo que él y Jennyfer inicialmente creyeron que debía hacerse. Es decir, presentar los datos sin más. El agotamiento del análisis logró su cometido: los llevó a redactar datos sin una discusión. Esto fue visible en el momento en que el tutor les devolvió las secciones comentadas. David se molestó ante ellos, sintió que su esfuerzo y su dedicación estaban siendo desconocidos, no lograba comprender por qué debía cambiar lo que con mucho cuidado había trabajado. Jennyfer, con calma, comprendió lo que el tutor solicitaba y fue entonces cuando se reunió con David para explicar lo que se debía hacer.

Jennyfer no sabe cómo, pero luego de observar las matrices y leer lo que David escribió, llegó a la conclusión que, en su investigación existían cinco categorías de hallazgo que generaban la discusión. David ya calmado y con la mente abierta, vio la luz que apuntaba la travesía final así que, junto a Jennyfer, dieron el brochazo final de su obra de arte, la discusión tomó forma y entendieron que su investigación tomó el camino que ellos deseaban.

## CAPÍTULO 8.

### “NORMAL, ES COMO EXISTIR”

Si en medio de una conversación cotidiana los docentes le preguntaran a un estudiante “¿cómo estás?”, y la respuesta fuera la palabra “normal”, ¿pasarían de largo? Ahora bien, qué tal si la conversación es entre un estudiante y una orientadora. ¿La seguirían pasando de largo? Con esa pregunta empezó el dilema de este equipo de investigadores, pues “normal” no volvió a ser “normal” y ya nunca más lo pasarían por alto.

“Normal” es un hallazgo dentro de la investigación que nació de imprevisto al preguntar a un grupo de viajeros “¿cómo se sintieron dentro de una dinámica x?”. Cuando uno de ellos respondió “normal”, se fue extendiendo un susurro, como una bola de nieve, que cada vez se escuchaba con más potencia y terminó siendo un grito profundo que encontró eco y produjo una avalancha. De hecho, cuando los investigadores hicieron la primera exposición de los avances con la profe Adriana, pensaron en exponerlo y encontraron una hermosa forma de hacerlo: le preguntaron a su auditorio cómo estaban, y la respuesta generalizada fue “bien”. Pero fueron más allá, y los sensibilizaron con un performance que ilustraba perfectamente cómo van por el mundo ocultando lo que les pasa y dejando que todos piensen que están bien, cuando en realidad se puede estar atravesando por la más dura tormenta.

En esta oportunidad, muchos de sus asistentes dijeron que “normal. Posiblemente no era nada, podría ser una expresión coloquial, como “bien”, que permitiría a quién lo decía bajar la intensidad de la conversación y no se pudiera escudriñar más. Era demasiado tarde, ya el equipo estaba “montado en la película”, había dado un compás de espera a los encuentros y, más tarde, realizó una entrevista para ver qué ocurría. Como todo iba tan rápido, enfocaron sus preguntas en la respuesta “normal”, pero esta vez no encontraron mucho. Aun así, no lo soltaron. Lo dejaron relegado a un segundo plano y, poco a poco, aparentemente, para casi todos se fue perdiendo.

Pero no todo estaba agotado con ese “normal”, o al menos para Ana nunca lo estuvo. Gracias a las tabulaciones del bendito Excel de las matrices, ella seguía notando la presencia de un garabato que aparecía cada vez que se incluía la palabra “normal”; tomaba diferentes colores, e incluso se percibían matices. Mejor dicho, para ella era como un arcoíris. Llámelo terquedad o una excesiva memoria auditiva y visual, pero gracias a eso pudieron hacerle frente a las expresiones curiosas

que los chicos repetían sin cesar: “normal, se rompió el vaso y lo recojo; pero si es el vaso de la licuadora”<sup>4</sup>, “normal es neutro, entre feliz y triste”, “lo normal es no expresar nada, es estar”, “normal es existir”, “es algo sin importancia”, “normal es todo”. Surgieron así muchas frases y gestos que impedían concluir que “normal” no era nada.

Finalmente, llegó el momento de escribir los resultados de su tan apreciada investigación, Entonces, en una de esas inquietudes que suele aparecer de la nada, se preguntaron: “¿qué hacemos con ‘normal’”. Nadie tuvo una respuesta concreta, pero para no apartarse de la hermenéutica, decidieron crear una matriz exclusiva para “normal”. Jennyfer tuvo la importante tarea de asignar las matrices y, por azares de la vida, a Ana le correspondió analizar la matriz de “normal”.

Jennyfer consideró que, para ese momento, Ana era quien estaba más segura de este hallazgo, por lo que le pareció apropiado. Además, como en toda investigación grupal, para este momento las relaciones se encontraban tensas, así que era mejor distanciarse y ocuparse de distintos análisis para no dejar morir lo que ya estaba avanzado.

Ya todo estaba decidido y, aunque Ana nunca pretendió escribir sobre “normal”, terminó haciéndolo porque “mi Dios cuida a sus borrachos y el universo sabe lo que queremos y nos va llevar a eso”. Realmente, Ana no hubiera sabido cómo aterrizar los resultados de los demás encuentros. Es más, considera que David y Jennyfer llegaron a puerto firme de la mejor manera cuando escribieron sobre confianza, consejos y espacio social, y que ella no lo hubiera logrado.

Ahora, el nubarrón que se formó en ese momento es que se estaba escribiendo sobre la expresión “normal” en las respuestas. Ana pasó muchas horas perpleja, mirando la pantalla y repasando una y otra vez todas las matrices. Decidió tomar un camino razonable, que al final no resultó ser fácil: describió cómo apareció la palabra y la forma que tomó; aquí puso en relieve sus diferentes significados y finalmente habló de cómo se hacía presente lo “normal” en el *territorio familia-escuela*. Simplemente puso todo en contexto gracias a las matrices y las maravillosas frases que sus compañeros de viaje les habían regalado.

---

<sup>4</sup> Esta frase, se mencionó dentro del Primer Encuentro de Emocionarte y explicaba cómo un participante entendía “normal”. Lo más particular de la frase es que refleja que hay algunas situaciones que se consideran normales porque son cotidianas; por ejemplo, que se nos caiga un vaso. Sin embargo, hay una diferencia entre la situación de que se caiga un vaso y se rompa el vaso de la licuadora. Incluso, el equipo investigador recuerda con risa como el participante narró que con su hermano tenían un vaso de licuadora de repuesto; lo que deja entre ver como “normal” para el grupo es una línea muy delgada entre situaciones que pasan en el día a día y las que se quieren ocultar y hacer de cuenta que nunca pasaron.

El primer borrador de *Normal* tenía diecisiete páginas, lo que era una exageración, considerando que el equipo ya tenía la preocupación puesta en el límite de 150 páginas que la maestría solicitaba en los trabajos de grado, que luego de un correo electrónico que enviaron solicitando aclaración, pasaron a ser 200 páginas sin contar la bibliografía. Pero, fiel a su creencia —que es mejor quitar que poner—, Ana lo entregó al tutor.

Lo que vino luego de esto fue aún más complejo, porque David y Jennyfer le pidieron reducir el texto y no darle tanta relevancia porque se consideró que *Normal* debía ser solo la cereza del pastel y no el pastel completo. Y había razones para ello. No es que *Normal* no fuera importante, sino que Jennyfer y David ya habían experimentado el peso de acarrear cargas innecesarias y de que éstas influyeran en el detrimento de las relaciones entre los miembros del grupo de investigación. Necesitaban tranquilidad para concentrarse en la redacción del trabajo de grado y para ello se requería que estos investigadores neófitos comenzarán a comportarse de una manera un poco más sensata. El resultado saltaba a la vista: evitaron que la sombra producto del exceso de información se asomara de nuevo.

Así que, sin muchas ganas de discutir con nadie, y mucho menos con ella misma, Ana redujo matrices, agrupó hallazgos de *Normal* por *territorio familia* y *territorio escuela*; pero no suprimió ninguna frase importante de lo que significa “normal” y lo que puede llegar a significar en el marco de las representaciones sociales de las expresiones emocionales. Esta nueva actitud introspectiva y flexible de Ana fue celebrada por sus compañeros, en vista de que comprendió que había elementos que podrían sintetizarse sin perder profundidad. Al fin, se permitieron avanzar en la escritura de este y otros hallazgos sin desproporciones, victimismos y en una relativa calma. ¡Uff, qué descanso!

De *Normal* se pueden decir muchas cosas, por ejemplo, que es generacional: de hecho, esto hizo explosión en el cerebro de Ana, porque llegó a la conclusión de que tanto nosotros como nuestros padres decimos “bien” para ocultar nuestras más duras tormentas. Por otro lado, esta generación —no tan de cristal como la juzgan— dice “normal” para enmascarar lo que no quieren que otros conozcan.

Por eso, para el equipo de investigadores, nunca más volverá a ser “normal” escuchar la palabra “normal” cuando hablan con una persona joven. Observarán con atención cada micro gesto, volverán la mirada hacia ellos, buscarán por todos los medios recuperar el contacto visual y volverán a preguntar: “¿estás seguro?, ¿qué te pasa?”. Cualquier intento de ocultar una dura tormenta ante David, Jennyfer y Ana, puede fácilmente ser percibido porque ellos les entregaron la llave de su caja de pandora.

## CAPÍTULO 9.

### ¿Y NOSOTROS QUÉ?

La sombra no se detuvo y adoptó diversas formas que alteraron las vidas de los investigadores. Brotaron tensiones entre ellos, tal vez motivadas por sus ambiciones y anhelos de querer abarcar varios aspectos con el fin de dar respuesta a las necesidades emocionales de los estudiantes... ¿o de ellos mismos? O simplemente querían cumplir las expectativas que diversos actores tenían en el proceso investigativo, cuyos reconocimientos no fueron pocos a lo largo de las clases y las presentaciones para exponer los avances.

Por otro lado, cada uno de los investigadores estaba pasando por situaciones difíciles relacionadas con la salud física, pérdidas de seres queridos y fragmentaciones familiares. Cada uno vivía la investigación de un modo particular; lidiaban con sus demonios y los mantenían a raya para que no invadieran el terreno de la investigación. Sin embargo, pese a que lo intentaron, no lo lograron; eran seres sintientes que indagaban sobre el torrente de emociones de otros sujetos. ¡Qué paradoja!

Y aun cuando sus diferencias y el distanciamiento los amenazó, se sobrepusieron a ellos, pues pesaron más los objetivos de la investigación y las responsabilidades adquiridas con las instituciones (colegio, universidad y familias) y consigo mismos.

Dialogar para resolver los desencuentros no fue una tarea sencilla. Ana, Jenyfer y David tuvieron que dejar de lado sus razones para dar paso a las de alguien más; fue necesario que se silenciaron para escucharse como grupo. Con el tiempo, se percataron de que los desacuerdos frente a las maneras de hacer las cosas habían sido necesarios para enriquecerse colectivamente y de ningún modo debieron haber sido considerados despropósitos.

La conciliación no fue solamente hablar y escribir, fue también guardar silencio para hacer introspección y de esa forma ver a la otra persona como un espejo de aquello que probablemente les desagrada de sí mismos. Las pausas silenciosas fueron necesarias para comprender, interpretar y aplicar tanto en la investigación como en la vida. Casi sin darse cuenta, estos profesionales realizaron un proceso hermenéutico con sus sentires para resolver sus diferencias porque, al fin y al cabo, el propósito del proceso era comprender al otro que habita en el interior de cada ser humano.

Para Ana el tiempo fue el enemigo con el que batalló; nunca se sintió tranquila o “del otro lado”. Hasta último momento, estuvo acomodando el texto final y eso sólo significaba una cosa para ella: no lo había empleado bien. El tiempo fue implacable y ella no lo hizo más llevadero. Siempre estuvo corriendo y lidiando con sus demonios, tuvo que verse muchas veces inquebrantable por fuera, pero rota por dentro. No fue fácil para Ana esperar y hacerle caso al consejo de Adam Smith: “Dejar pasar, dejar hacer”. Hay que decirlo: desde su experiencia ha aprendido que “si no se le hace frente a la situación, jamás se saldrá de ella”.

Lo más doloroso para Ana en esta travesía fue sentirse tan vulnerable como para pensar y comerse el cuento de que escribir no era lo suyo... ¡Qué ironía! Ella, la que años atrás había expresado al universo que quería escribir la novela de sus historias de amor fallidas, *Hombres de arena*.

Para levantarse, hizo muchas cosas, y dejó que otros hicieran varias por ella. Se resguardó por algunos meses, se dedicó a hacer las presentaciones en Canva de las demás asignaturas y a leer innumerables artículos de etnografía, familia y hermenéutica. Finalmente, gracias a Matta, su eterno amor, y a la Patoja —Eternit, su compañera de maestría—, salió de ese círculo inútil de autocompasión y decidió convencerse de que era suficiente. Se vistió con su mejor armadura, la intuición y su lenguaje cercano y, poco a poco y sin notarlo, volvió a escribir. Fue tan sobrehumano levantarse de allí, que ahora entiende que solo por esto ha valido la pena.

En esta travesía, Ana y su familia tuvieron que despedirse de seres queridos. Se fue don Carlitos, el abuelo paterno de sus hijos y ella tuvo que llevarles el duelo de la mejor forma. Perdieron a Eloina, su abuela materna, y sobrellevarlo fue más complejo, principalmente porque toda la vida había estado con ellos. Fueron tiempos turbulentos que le enseñaron mucho, la acercaron a sus propósitos y su misión de vida. Ahora que es orientadora sabe que no hay otra cosa que quisiera ser y hacer en el mundo. La orientación escolar es como la mafia, después de estar dentro es muy difícil salir de ella.

para ella era como un arcoíris. Llámelo terquedad o una excesiva memoria auditiva y visual, pero gracias a eso pudieron hacerle frente a las expresiones curiosas

## CAPÍTULO 10.

### ¡SIN MIEDO AL ÉXITO!

Este viaje ha dejado huella en protagonistas y acompañantes que resuenan en la mente y en el alma de cada uno de ellos. Por eso, así como el tiempo, la experiencia y los aprendizajes de esta investigación dejaron huellas en ellos, el “San Cris” vivenció pequeños cambios que como ondas de gran alcance han favorecido un nuevo comenzar para la expresión de las emociones. Las ideas “locas” que Ana tuvo cuando ingresó se han expandido y crecido. Para ella y para la institución el tiempo no ha pasado en vano, y han sido muchos los caballos de batalla. Todos han tenido un propósito superior: crear espacios para expresar emociones, hacer más libres a los participantes y acompañarlos sin juzgar.

Realmente ni Ana sabe cómo se han materializado tan rápidamente sus anhelos, porque gran parte de lo que se propuso al llegar al “San Cris” se ha logrado. Solo sabe que el universo ha hecho su parte y le ha dado excelentes oportunidades, compañeros y acompañantes.

La investigación ha significado una oportunidad para visibilizar la necesidad urgente que existe en el “San Cris”, así como en otras instituciones educativas, de generar espacios para la expresión emocional. Gracias a esto han prosperado ideas tan importantes como la galería de arte Emoción y memoria sin indiferencia, que apuesta por la expresión de emociones a través del arte, en la que los estudiantes se han podido manifestar a través de la pintura, el dibujo, la escultura o la escritura, sin condicionamientos ni ataduras.

Con la propuesta del Aula itinerante de cuidado socioemocional, se busca que esa expresión de sentires tenga un lugar físico donde la comunidad educativa se permita aflorar sin temor al juzgamiento. El proceso ha permitido poner en el radar curricular la educación socioemocional y darle el lugar que se merece dentro de los procesos académicos. Ana agradece y lleva en su corazón a todos los docentes, directivos, estudiantes y compañeros que día a día han apoyado esta difícil tarea de abrirle camino a la expresión de emociones, desde una mirada más humana y menos prejuiciosa.

Jennyfer y David, a diferencia de Ana, han experimentado cambios notables en sus campos de trabajo. Sin embargo, las transformaciones más contundentes han ocurrido en sus vidas como resultado del proceso investigativo que culminaron.

Estos docentes han empezado a percibir de una manera muy diferente todo lo relacionado con las emociones, los sentimientos y sus expresiones. Estos factores, a su vez, son permeados de manera bidireccional por los espacios, los territorios y los sujetos que los representan. Se han dado cuenta de la complejidad tan profunda que tiene este enmarañado campo, de que ya no se pueden tomar tan a la ligera ciertos comportamientos y reacciones que antes habían naturalizado, porque hacían parte de los diagnósticos psicosociales.

Se habían desentendido del tema dada la creencia de que las dificultades emocionales no hacían parte de su dominio por pertenecer a áreas muy específicas como la psicología clínica, por mencionar apenas un área de las ciencias sociales. Ahora su visión es más amplia, contemplan todo con mayor serenidad y no se apresuran a etiquetar un comportamiento como patológico o a una persona como un problema. Tratan de comprender y comprenderse, ya que autoreferenciarse les ha permitido desarrollar una comunicación colaborativa y empática que los ha hecho más cercanos a la realidad social que los circunda.

Ahora entienden que lo inacabado es una constante a lo largo de sus experiencias y que dicho rasgo no los va a incomodar, como quizás sí lo hacía antes. En este momento, es claro que las generalizaciones y las estandarizaciones ya no hacen parte de sus modos de vida, lo que redundará en bienestar y apertura por su propio bien y por el de aquellos que integran sus historias de vida.



Imagen 5. Vista desde el Aula 403 del San Cris. Archivo de los autores.

## POSFACIO

### ¡EL VIAJE NUNCA TERMINA!

Investigar es el arte de ver más allá de lo evidente. Nunca será una travesía fácil, pero sí una que vale la pena realizar. Es sumergirse entre enfoques, paradigmas y metodologías para desentrañar eso que a los ojos del mundo es trivial, pero que para un investigador puede ser el hallazgo más valioso. Investigar no es casarse con el primer autor; por el contrario, es sumergirse y perderse entre múltiples autores. Es reconocer su enfoque y visualizar en qué paradigma se ubican, es aterrizar conceptos espinosos y nebulosos en una realidad palpable, es romperse el coco pensando cómo encontrar la salida de un laberinto que se construye poco a poco, en la relación con los otros, pero también con uno mismo.

Investigar es el desafío constante de volver a empezar cada etapa de ese proceso que alberga un reto de transformación individual y colectivo. Nunca será fácil acostarse con un interrogante y terminar la semana con treinta mil cosas por leer sin obtener una respuesta que satisfaga el apetito voraz de comprender cómo habita esa inquietud en la realidad. Investigar también es un camino pedregoso, pero vale la pena seguirlo, pues al final del viaje se entiende que valió la pena cada esfuerzo, momento, caída, levantada y el orgullo de descubrir nuevos saberes que no solo amplían tu saber propio, sino que hacen parte de un nuevo viaje para que otros decidan hacer ese mismo recorrido.

Esta travesía investigativa se puede recapitular como la suma de varios aprendizajes que sin dudar pueden llegar a ser valiosos para audaces y futuros viajeros, sin pretender que sea la guía de una ruta segura, porque cada viaje investigativo es único e irrepetible y así mismo mostrará para cada quien majestuosamente sus senderos llanos, sus montañas cuesta arriba y sus terrenos pantanosos y sombríos con atardeceres inolvidables.

Para iniciar un viaje siempre se necesita una ruta, por eso fue importante escoger una pregunta investigativa que apasionara un tema que generará inquietudes intelectuales y cuyo conocimiento pudiera brindar oportunidades y beneficios a los entornos laborales de los viajeros. Suena surrealista, pero ¿qué propósito tendría investigar si no se le aporta a la transformación de la realidad más cercana? Esto sería como viajar al azar sin un norte definido.

Construir esta pregunta investigativa tuvo implícita la indagación de textos científicos, de lecturas de investigaciones a priori relacionadas, así como otras que no tenían ninguna relación aparente; tuvo la consulta de expertos, de profundización bibliográfica de conceptos, pero sobre todo requirió una delimitación conceptual y contextual de gran calibre. Es decir, gran parte del éxito de este viaje fue no abarcar un mar de conceptos, sino reconocer la gota más cercana que circundaba ese territorio desconocido al que se llegaba.

Luego de establecer su ruta, un viajero necesita identificar quiénes serán sus acompañantes y coequiperos, porque investigar individualmente es posible, pero para esta travesía no hubiese sido tan enriquecedor. Investigar en equipo permitió guiar y dejarse guiar, decidir y dejar que otros decidieran, silenciarse y permitir que otros alzarán su voz cuando su experticia se los permitiera, así como intuir y dejar que otros sembrarán sus certezas. Fue escribir y reescribir desde las miradas de otros.

El papel de coequiperos y acompañantes en esta travesía fue fundamental, pero más allá de lo que aportaron, es oportuno reconocer sus saberes, sus habilidades y sus conocimientos dentro de ella. Todos, coequiperos y acompañantes, enriquecieron con sus cosmovisiones este viaje investigativo.

Tener la ruta e identificar los acompañantes no hizo que este recorrido fuera mágico, pues no era lineal y tampoco tuvo una secuencia numérica inamovible. Las respuestas a los retos no llegaron en un orden universal; por el contrario, aparecieron dispersos y muy seguramente no eran tan evidentes. Es un mito pensar que luego de la pregunta investigativa vendrá la definición del enfoque y el paradigma que servirán como base para la construcción teórica. Este viaje demostró que los temas del marco teórico se hicieron visibles incluso cuando se estaban construyendo los resultados de la investigación. Es decir, que en el camino se va descubriendo y contruyendo las propias herramientas que permiten entender que ese camino que nunca se había recorrido se puede ir zanjando paso a paso.

Cada protagonista de este viaje tuvo sus retos personales, y de hecho, investigar implicó crecer, renovarse y madurar. Los que comenzaron este viaje no son los mismos ahora; en el camino se dieron cuenta de que su esencia, su profesión, su vocación y su experticia los acompañaron todo el tiempo, y algunas veces les jugó a favor, pero otras en contra. De hecho, al terminar este proceso sintieron que hicieron una gran labor, pero que nada se compara con la necesidad de conocer y reconocerse a sí mismos como humanos frágiles con un inmenso potencial para transformarse con su entorno.

Investigar es una misión que se renueva, ya que al “terminar” un viaje siempre habrán nuevas inquietudes, otras necesidades y nuevos contextos sociales en los que un viajero audaz quiere incursionar. Porque un viajero luego de experimentar la pasión y la adrenalina de llegar a un destino, tendrá en su mente un nuevo camino para querer recorrer y disfrutar.

Este viaje por las Representaciones Sociales de la *Expresión Emocional en los Territorios Familia - Escuela* deja sugeridos grandes destinos como la profundización de “normal”, el rol de la familia y los docentes en la expresión emocional del Territorio Familia-Escuela. Las representaciones sociales de la confianza y los consejos en estos territorios, entre otros temas, serán excelentes puntos de partida para otros viajeros que decidan continuar esta travesía. Por eso, para David, Jennyfer y Ana “el viaje de Investigar, nunca termina”.

## BIBLIOGRAFÍA

Devia Santana, J. A., Muñoz Ortiz, D. M. y Roa Díaz, A. E. (2023). *Representaciones sociales y expresión emocional de un grupo de jóvenes en los territorios Familia-Es-cuela* [Tesis de maestría, Fundación Universitaria Monserrate].

# ¿QUÉ ES LO QUE PASA ALLÁ ATRÁS?

Tras los pasos de un viaje que emociona

